



L-5
—
84

B.P. de Soria



61033048

D-1 1072

R. 13.672

POESÍAS SELECTAS

DE

D. JUAN NEPOMUCENO JUSTINIANO
Y ARRIBAS,

ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,
Y DE LA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA; PREEMINENTE
DE LA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS, DE NÚMERO Y MÉRITO
DE OTRAS VARIAS SOCIEDADES CIENTÍFICAS, ARTÍSTICAS
Y LITERARIAS, HIJO ADOPTIVO DE BADAJOZ Y DE MEDE-
LLÍN, Y CORONEL DE CABALLERÍA, ETC., ETC.



SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1.

1891

TIRADA DE CIEN EJEMPLARES

Ejemplar núm. I





EXCMO. SR. D. MANUEL PÉREZ DE GUZMÁN,
MARQUÉS DE XEREZ DE LOS CABALLEROS, CORRESPON-
DIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

MUY distinguido Sr. Marqués, y querido amigo:
*Recuerdo con gratitud que V. en diversas oca-
siones me mostró deseos de editar algunas de mis
composiciones poéticas; y mirando yo los deseos de V. como
propios, no es de extrañar que haya puesto el mayor interés
en darlos cumplidos.*

*Con tal objeto, abandoné el trabajo literario en que me
ocupaba, nó sin la idea de volver sobre él más tarde, y me
dediqué á elegir entre el no escaso número de mis poesías
líricas las que estimase más inspiradas, mejor hechas.*

*Verificada detenidamente la elección, las he corregido,
para limpiarlas de los defectos de que en mi sentir adole-
cían, y crea V. que, ganoso del acierto, he desplegado toda
mi constancia y paciencia para conseguirlo. Dudo, no obs-
tante, de haberlo alcanzado; mas si V., en quien reconozco
claro entendimiento y acreditada ilustración, juzgase que lo
alcancé, permítame al menos apreciar su juicio como un*

rasgo generoso de la amistad con que V. me honra, y por tanto no en armonía con el merecimiento.

Sea, pues, lo que quiera, cumplo por mi parte con pasar á las manos de V. dichas composiciones, como lo efectúo. Teniéndolas V. por suyas, podrá darles el destino que guste, en la seguridad de que lo que V. decida acerca de ellas tendrá la aprobación más completa de quien queda á las órdenes de V. como apasionado amigo y S.,

Q. S. M. B.,

JUAN JUSTINIANO.

Badajoz 15 Febrero 1891.





Á LA ESPERANZA

SONETO

DEDICADO Á MI BUEN AMIGO D. CARLOS PÉREZ

¿Dó estás?... ¿dó estás? De rosas sin abrojos,
Cuyo aroma se aspira en sueño blando,
De la vida el camino vas sembrando,
Y nunca logran verte nuestros ojos.

Si aflígenos el tiempo en sus enojos,
Una á una tus flores deshojando,
Otras y otras nos brindas, reemplazando
Las que de él fueron pálidos despojos.

¿Dó estás, que no hay empresa que no actives,
Ni alta gloria inmortal en que no imperes,
Ni afán oculto cuyo ardor no avives?

¿Dó, pues, hallarte?—Con nosotros eres:
Que naces con el hombre y en él vives
Y mintiéndole dichas con él mueres.—

EL GRITO DE LA PAZ

SONETO

Yo soy la paz, la madre cariñosa,
Hija de amor, en el amor nutrida;
Brindo al mortal felicidad cumplida,
Y de su amor me muestro codiciosa.

Son mi amor los que ardiendo en fe piadosa
Prestan dulce consuelo al alma herida:
Las ciencias son los goces de mi vida;
Las bellas artes mi pasión gloriosa.

Rompe mi amada grey la virgen tierra,
Que tributa al sudor y afán prolijos
El santo fruto que en su seno encierra.

Los que en torpe ambición los ojos fijos
Hunden su patria en fraticida guerra,
Del Orco aborto son; mas nó mis hijos!

MARÍA AL PIE DE LA CRUZ

SONETO

Negro crespón el firmamento emboza
Al ver á Cristo de la cruz pendiente,
Y en tanto de Salén la inicua gente,
Que insultó su agonía, ríe y goza.

María en trance tal gime y solloza
Al pie del santo leño; y en su frente
Resalta el duelo que en el alma siente
Y su materno corazón destroza.

¡Vedla!... ¡Ella es la que el Señor bendijo!...
¿Y haces, Judá, que el seno le taladre
El fiero arpón que en él muéstrase fijo?

¡Tiembra, si á justas iras mueve al Padre!...
Mas nó!... que aunque lamenta el fin del Hijo,
No olvida que es de pecadores Madre!

ESPAÑA Á SU PUEBLO

SONETO

«¡Rompe mi cetro y mi diadema y manto,
Y el blasón de mi gloria, que es tu gloria!...
¿Qué vale para tí mi antigua historia?...
¿Qué te importan mis males?... ¿Qué mi llanto?

Gozando impío en mi fatal quebranto,
Bate palmas, y aplaude la victoria
De bandos mil, que se alzan de la escoria
Á hundirte en noche de baldón y espanto!

¡Lánzate á cuanto á su codicia cuadre!...
¡Vuela!... mas haz que el hierro fraticida
Que esgrimes fiero el seno me taladre!

¡Ah!... ¿Te aflige el oír que tal te pida?
¿Qué, pues, he de pedirte yo, tu madre,
Si matándote estás y eres mi vida?»

EN EL SALÓN DE COLUMNAS
DEL PALACIO REAL
ANTE EL CADÁVER DE S. M. LA REINA
DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES

SONETO

Allí el fausto, y la pompa y la grandeza,
Y el solio que fulgor glorioso vierte:
Aquí silencio mudo y hielo inerte,
Y olvido y soledad y honda tristeza.

Allí el lecho nupcial do la belleza
Durmió halagada por la instable suerte:
Aquí el lecho sombrío de la muerte,
Que hermana en sí la plebe y la nobleza.

La que allí so el dosel asiento alcanza,
Y del pueblo aclamada y bendecida
Brilló cual sol de paz y venturanza,

Aquí en noche sin horas confundida,
Es á la vanidad alta enseñanza!...
¡Los reyes polvo son!... ¡polvo es la vida!



Á LA CRUZ

Al bárbaro rugido
Que en gran tumulto, provocando al cielo,
Lanza en Oriente el pueblo descreído,
Cuya atroz ceguedad enluta el suelo:
Cuando su disco ardiente
En fúnebre crespón el sol emboza,
Su luz negando á la proterva gente
Que de Jesús en el suplicio goza:
Á la furia violenta
Del encrespado mar; á la ira ruda
Con que asorda el espacio la tormenta,
Al desatarse tempestad sañuda,
Del Thabor en la cumbre,
Mancillada de sangre purpurina
En que saciara inicua muchedumbre
La devorante sed que le domina,
Tú, Santa Cruz, los brazos
Tendiste, como madre cariñosa,
Brindando al mundo de tu amor los lazos;
Allí tu solio alzaste,
Sojuzgando á tu imperio la victoria,

Y al hombre te ostentaste
Faro inmortal de salvación y gloria.

En balde ¡oh Cruz! la idolatría odiosa
Contra tí se revuelve,
Y ocultando al mortal tu luz gloriosa
En negras sombras su existencia envuelve:
Que así cual rompe nebuloso manto
El sol al remontarse á la alta esfera,
Y del Creador como destello santo
Presta sonrisa al cielo, al valle encanto
Y alegría al bosque y la pradera;
Así, sagrado Leño,
Vence las sombras el fulgor que lanzas,
Y al hombre ofreces porvenir risueño
Sembrándolo de dulces esperanzas!...

Ciega y armada en vano de vil dolo
En raudo vuelo extiende
Su bárbaro poder de polo á polo,
Y mil pueblos en férreas trabas prende:
Que al acogerse á tí, bajo tus brazos,
Que bienes brindan y del mal redimen,
Caerán al polvo rotas en pedazos
Las cadenas que aflígenlos y oprimen!....
En balde sus pendones
Descoge y tiende el vagaroso viento
Á mover guerra eterna á tus legiones,
Y darlas fin sangriento:
Que aunque mírense á muerte combatidas,
La noble faz alzando,
De fe y de amor y de esperanza henchidas,
Por tí aprendieron á morir triunfando!

Mas ¡ay!... la lid tronó!... Fieles falanges
En tu divino fuego se enardecen,
Y de los dioses el poder insultan.
¡Hélas, ¡oh Cruz!... El Éufrates y el Ganges
Súbito se enrojecen,
Y en montón en su seno las sepultan!

Qué!... ¿Triunfó la impiedad?... Héroes sin cuento
Al alto ejemplo inflámanse y levantan:
La voz soltando al viento
Sublimes himnos en tu gloria cantan;
Y el gozo en el semblante,
Y sin pavor al trueno horrisonante
Que sobre ellos retumba,
De los circos de Roma en las arenas
Encuentran ancha tumba,
Cavada con la sangre de sus venas.

Cuánto estrago!... Qué horror!... Silencio mudo,
Que siembra por doquiera yerto espanto,
Sucede ¡oh Cruz! al exterminio rudo.
¡Y sonríe el infiel!—Nuevas legiones,
Á quienes santa fe y amor inspiras,
Álzanse heróicas á arrostrar las iras
De las hordas salvajes de sayones;
Y dando al mundo ejemplo
De desprecio á la saña de los dioses,
Corren á provocarlos á su templo....
Ya entran en él bizarras:
Muros y aras y dioses se estremecen;
Mas las águilas ¡ay! tienden sus garras,
Y al polvo, en sangre tintas, las ofrecen!

No empero ¡oh Leño redentor! abate,
Los suplicios al ver, glacial desmayo
El seno que inflamado de fe late,
Ni á quien adora de tu luz el rayo;
Y cual suelen en mar tempestuoso
Las olas sucederse,
Y en tumbos espumosos
Agolparse á las costas y romperse,
Y tornar á encrespase con más brío,
Escarlar en su ardor amenazando
La región anchurosa del vacío,
En continuo vaivén roncas bramando;
Así las fieles haces se levantan
Sobre las haces muertas,
Y á los tiranos en su solio espantan,
Si del martirio, de tu triunfo ciertas.

Mas ay!... ¿No tendrá fin ese torrente
De sangre generosa,
Que mancha del idólatra la frente,
Haciendo al orbe su existencia odiosa?...
Pues qué!... ¿será infecundo,
Como riego vertido en arenales,
Ese caudal precioso que á raudales
Desciende sobre el mundo,
Temblar haciendo al báratro profundo?

Preste, pues, el Averno
Á la impiedad la saña que le anima,
Su sed inmensa y su afanar eterno;
Haga que el hombre al hombre
Á su placer oprima,
Y su crueldad al universo asombre:

Duplique el exterminio de los fieles....
Cuanto más espantables sean sus iras
Serán ¡oh Cruz! más ricos tus laureles!
Tuya al cabo la gloria!... que no en vano
En tí lanzara el postrimer aliento
Quien con su sabia mano
Puso vallas al mar, trabas al viento!

¡Tiembles, tiembles el infiel!... La ansiada hora
Marca ya de los siglos el cuadrante
En que halle fin la saña destructora
Con que siembra doquier muerte y horrores;
Y la verdad se elevará triunfante
Del dolo y los errores,
Inundando la tierra su luz santa;
Y caerá el Capitolio; y á tu planta
Veránse ¡oh Cruz! en polvo confundidos,
Con sus dioses mentidos,
Idólatras verdugos y opresores.

Oh!... la hora sonó!... Ya el astro asoma
Que á la grey de Jesús brinda ventura,
Y destrucción augura
Á esa raza de tigres.... ¡Ay de Roma!...
El dedo del Señor su muerte escribe!...
Ya en su frente la impía
Del cielo el golpe vengador recibe!
Roto ya el cetro tan potente un día,
Vedla caer en míseros escombros,
Sin que su solio sustentar alcancen
De sus legiones los robustos hombros!

Triunfaste, oh Cruz!... En el remoto Oriente

De tu espléndida luz el vivo rayo
Redime al hombre de mortal desmayo;
Y de esperanza el corazón latiente
Á tu influjo divino
Humilde inclina allí la augusta frente,
Y te acata y adora Constantino.
Y exáltase la fel... y enardecida,
Llevándote en sus alas,
Te aclama el universo por su egida,
Y al par te ciñe sus brillantes galas;
Y cruzando contigo
Campos y pueblos y remotos mares,
Te alza doquiera con piadosa mano,
En prueba de su amor, templos y altares:
Y en el que antes miró como enemigo
Iracundo el mortal, halló un hermano....
En tí nació el perdón, murió el castigo...!
Por tí vió un cielo el corazón cristiano!

Árbol sagrado, á cuyas ramas bellas
Ató su verde lauro la victoria;
Que tu presente y tu pasado sellas
Con puro albor de perdurable gloria;
Que te alzas de la vida en el camino
Como gigante palma en el desierto
Á los ojos del triste peregrino,
Y á los del nauta cual ansiado puerto:
Oh!... concede á mi alma,
Por dudas afligida y desengaños,
El dulce gozo y venturosa calma
Que me halagaron en mis tiernos años!...
Abrásala en la fe, como inflamaste
El noble corazón de Recaredo....

En esa fe sublime que inspiraste
Al santo campeón Fernán tercero
Y á la Reina Católica, que un día,
Sus lienzos tremolando entusiasmada,
Sobre la enseña del Corám impía
Te enclavó en las almenas de Granada!...
Haz que siempre mi canto
Himno sublime en tu alabanza sea;
Que en tí halle su encanto,
Y al par escudo contra el vicio vea
En el revuelto mundo
El vate que postrándose te nombra;
Y á tí abrazado con amor profundo,
Que en paz espire á tu bendita sombra!

EL POETA

(AL EXCMO. SR. D. ANTONIO DE LATOUR)

¿Quién eres tú que elevas del polvo vil la frente,
Con vivo ardor ansiando ceñir verde laurel?...
¿Quién eres tú, que abrazas el mundo con la mente,
Y cantas la grandeza del Hacedor en él?

¿Quién eres tú á quien brindan las delicadas flores
Sus nítidos matices y su fragante olor,
Y cuentan en secreto sus púdicos amores,
Y penas que marchitan su mágico verdor?

¿Quién eres, que si entregas la voz al vago viento,
Ya dulce como el aura, ya ardiente como el mar,
Los ecos adormidos despiertan á tu acento,
Volviendo en monte y valle tu placido cantar?

¿Quién eres, que la brisa, cuyas ligeras alas
La alegre pompa agitan del prado y el jardín,
Al escuchar los himnos armónicos que exhalas
Desde un confín los lleva veloz á otro confín?

Repite al despeñarse tus cantos el torrente;
Resuenan en las linfas de arroyo bullidor;
Hallan eco en las olas del turbio mar rugiente,
Y al par en la voz ronca del Euro bramador.

En balde en negras sombras se envuelve lo pasado:
El seno de las tumbas penetra tu mirar,
Y á tu querer sumisos, del sucio polvo helado
Antiguos pueblos tornan la frente á levantar.

Tu influjo á todo presta virtud desconocida:
Su instinto olvida el tigre tu cántico al oír....
¿Quién eres tú, que al mármol das voz sublime y vida?...
¿Quién tú, que el velo rasgas al negro porvenir?

¡Ah!... te conozco!... Pulsa dorado laud tu mano:
Palpita generoso tu ardiente corazón:
Tu alma es viva hoguera de fuego soberano:
Tu mente en sí atesora divina inspiración.

¡Oh!... Sí!... tú eres el vate que ardiendo en fe respira:
El que ama de los valles la augusta soledad:
Quien nunca á precio de oro vendió su dulce lira:
Quien rinde culto en aras de santa libertad.

¡Oh, sí!... yo te conozco!... Tú el mismo á quien la envidia,
Oculta entre tinieblas, sus dardos asestó:
Tú, á quien tomó por blanco de su crüel perfidia:
Tú, quien triunfante al cabo su boca amordazó!

¡Oh, sí!... yo te conozco!... Jamás la voz levantas
Cantando vanas pompas que en polvo han de caer:
Tú solo de los héroes los altos hechos cantas,
Y los sublimes triunfos del genio y del saber.

Galán te ofrece el Mayo su espléndida alegría,
Su tibia luz el alba, la tarde su arrebol:
Las aves y los vientos te prestan su armonía,
Y encanto peregrino te brindan luna y sol.

Canta, poeta, canta!... ¿No ves?... Augustos reyes,
Y duques, y magnates que cercan el dosel,
Y cuantos blanden armas y al pueblo dictan leyes,
Extáticos te escuchan, y envidian tu laurel.

Tu gloria no es la gloria que tinta en sangre y llanto
Conquistase á los sonos del atambor marcial,
Que se alza entre ruinas y siembra en torno espanto,
Luciendo revestida de pompa funeral.

¿Tu gloria?... La del genio que en sí concibe y crea,
É ilustra con su nombre la tierra en que nació!...
Tu gloria es esa gloria que pura centellea,
Cual nunca el vivo rayo del sol resplandeció!

Por tí en el mundo viven los que el arnés vistieron
Volando contra extraños la patria á defender;
Aquellos que animosos lidiaron y vencieron,
Logrando con proezas su enseña enaltecer.

Sin tí, sin tus cantares, ¿qué fuera el heroísmo
De insignes capitanes que honraron su nación?
Más poderoso que ellos, bastándote á tí mismo,
Te elevas y conquistas eterna admiración.

Á todos prestas formas, y sombras, y colores,
Y vida á tus delirios y movimiento al par:
Son ellos tu ventura, tus únicos amores,
Y en ellos se contempla tu genio fulgurar.

De luto el alma llenas; la colmas de alegría;
De espanto la estremeces; la espacias de placer;
La ostentas otro mundo de mágica armonía
Do brotan sin abrojos las flores al nacer;

Y en él un paraíso de amor y de ventura
Con limpios arroyuelos de líquido cristal,
Do el tiempo no marchita la tez de la hermosura,
Ni apagan los dolores su brillo virginal:

Do nunca al pensamiento deslumbra la esperanza,
Ni logran negras dudas temores infundir:
Do en paz inalterable la dicha el pecho alcanza,
Que sólo en vanos sueños el hombre vió lucir.

Mas ¡ay!... cuánto padeces!... ¿Por qué en silencio lloras?...
¿Por qué á veces tus cantos son ayes de pesar?...
¿Acaso de tu vida las fugitivas horas,
Cual siglos de tormento, ves lentas resbalar?...

¿Tal vez de la esperanza las rosas purpurinas
Que viste brotar ledas en campos de ilusión,
En hojas desprendiéndose, dejaron sus espigas
Clavadas en tu noble y hermoso corazón?...

¿Ó es ¡ay! en la existencia tan fiero tu destino,
Que en pago á las vigilijs de tu glorioso afán
Te dan para reposo triste rincón mezquino,
Y en él por alimento de la amargura el pan?...

¡Y España lo contempla!... Mas ay!... ¿qué puede España?
En ella sólo imperan la audacia y la ambición;
Inflama vil discordia los ánimos en saña,
Y asuela en lucha impía sus campos el cañón.

¡Héla agitarse á impulso de fieros huracanes
Que llevan en sus alas los lauros de su sien!...
¡Sus hijos en su ruina redoblan los afanes!...
¿Qué mucho, pues, que pague tus versos con desdén?

¿Qué importa que fortuna te niegue sus favores
Y extreme la desdicha que amarga tu existir,
Si tú con noble aliento contrastas sus rigores,
Y en lid tan ruda sabes que es tuyo el porvenir?

No es dado á la traidora la lira arrebatarte,
Ni ahogar en tu garganta tu mágica expresión;
No son sus rudas iras potentes á arrancarte
El lauro que te ciñe divina inspiración.

Por ella Homero existe; y el épico latino
Y Dante y Ariosto por ella son también,
Y el que ofreciera á Laura su numen peregrino,
Y el que se hurtó al olvido con su inmortal Salén.

Y el Vate salmantino, y Camoéns y Ercilla,
Y el Manco de Lepanto, y Herrera y Calderón,
Y el que al fijar su mente de Adán en la mancilla
Pintara el bien perdido, causando admiración.

Tu patria no es el suelo que vió rodar tu cuna,
Que fué sombrío valle de abrojos á tus pies:
Sobre el fúlgido trono del sol y de la luna
Te dió patria la gloria!... ¿Tu asiento allí no ves?

Vendrán un siglo y otros á hundir en polvo inerte
Ciudades y naciones: tras ellas se hundirán,
Y admirarán tu nombre, triunfante de la muerte,
Los siglos que á esos siglos sin fin sucederán!...

Y aplaudirán tus versos; y de tu amarga vi-
Verán latiente en ellos la horrenda agitación:
En ellos ¡ay! tu alma del barro desprendida
Do tuvo triste cárcel y oscura por mansión!

Entonces ¡ah! la España, que vió la desventura
Que impía marchitara tu ardiente juventud,
Hará, trocando en templo tu pobre sepultura,
Que dése á eterno olvido su antigua ingratitud.

En tanto, aunque la angustia te oprima la garganta
É insulten tu miseria honrosa sin igual,
Irgue ¡oh vate! la frente, pulsa tu lira y canta,
Que el mundo es á tu gloria mezquino pedestal.

AL NOBLE PUEBLO LUSITANO

No lo esperabas, nó!... mas nunca tardo,
Si se le ofrece la ocasión que espía,
En saltar fué el Leopardo
Sobre la presa que aferrar ansía!

Siguió tus huellas: te acechó constante,
Y al sorprender la idea que te mueve
En salvaje región, ni un solo instante
La mirada apartó de tí el aleve;
Y al fin tendiendo la ardorosa garra
Se arrojó sobre tí, y el rico manto
En la abrasada Libia te desgarró;
Y allí, á los rayos rojos
Con que el suelo fecunda, alegre y dora
El fanal en el éter suspendido,
Y de Europa á los ojos,
Que oyó indignada su feroz rugido,
De las fértiles tierras te despoja
Que á tu imperio engarzaste,
No sin largas fatigas y sudores,
No sin verter la sangre que heredaste
De tus bizarros ínclitos mayores.

Y de ellas ¡ay! privado
Por la codicia vil del anglo fiero;
Por él en mar y tierra amenazado,
Y cerrado á tus plantas el sendero
Que te abriste en el África enemiga,
¿Qué logrará de él hoy tu mensajero?...
¿Qué tu gritar de la nación ingrata,
Rapaz, infiel amiga,
Que en su ambición lo tuyo te arrebató,
Y el lazo al par desata
De la antigua amistad que á ella te uniera,
Y la alta empresa á suspender te obliga
Que acometer te viera?

Mas si débil te juzgas é impotente
Á lanzarte á la guerra
Contra ella frente á frente,
Reconquistando con valor ingente
La que ayer te usurpó líbica tierra,
Oh generoso pueblo! no reviente
En estériles gritos tu coraje:
Cese tu alteración: la calma cobra,
Y á dar la paga al alevoso ultraje
Apréstate y medita, y calla y obra.
Quede el gritar, y quede la querella,
De hoy más á pechos viles y mujeres.
¿No es tuya Lusitania? Arroja de ella
Á esa turba de avaros mercaderes
Que tu oro, nó tu afecto, codiciaron,
Y de las nieblas de Albión salieron,
Y á tu suelo amenísimo vinieron,
Y albergáronse en él y te explotaron!...
Haz que tornen al punto á los hogares
De su tierra sombría; y haz que entienda

Esa llamada reina de los mares
Que eres de tí señor!... que sólo pudo
Ser un día tu amigo el anglicano,
Nunca tu protector, nó tu tirano!...
Sepa que habiendo Portugal escudo
En tí, que el ser debiste al bravo ibero
De cuyo heróico aliento y arrogancia
Son muestra portentosa al mundo entero
Cenizas de Sagunto y de Numancia;
En tí que siempre noble y siempre altivo
En la prudencia hoy ves mancilla horrible,
Que empaña de tu honor el lustre vivo,
Pronto estará tu acero
Á fulgurar, cual rayo, en lid reñida
Por mantener tu santa independencia,
Y por vengar la ofensa recibida:
Que es menguada de un pueblo la existencia,
Que la mancha en su honor dando al olvido,
No ciñe el férreo yelmo, ni arma el brazo,
Ni provoca á batalla
Para volverle el esplendor perdido
Entre nubes de fuego y de metralla.

Sacude el ocio, pues!... Alza la frente,
Pueblo ilustre de Vasco y Magallanes!...
Á conjurar la tempestad naciente,
No des paz ni reposo á los afanes!
La patria, sí... tu madre cariñosa,
Te mira y llama á gritos: y no en vano
Con tus altas proezas orgullosa,
De tu bravura y de tu honor espera
Que le tornes en triunfo sus derechos,
Desconocidos de su aliada artera,
Atropellados por bastardos hechos!

¿Y habrá en tí quien no acuda
De la patria á la voz? Fuera ultrajarte
Poner tu ardiente patriotismo en duda,
Y la probada abnegación negarte;
Y no será jamás el pueblo hispano,
Que fué del ancho mundo asombro un día,
Quien niegue patriotismo al lusitano....
Quien dude de la heróica valentía
De ese pueblo glorioso, que es su hermano.
Sús, portugueses! ¡Sús! Mostráos unidos,
Cual veros quiero!... Las pasiones callen
Que os mantienen en bandos divididos,
Y tumba en vuestros nobles pechos hallen!
Sólo de honor al grito.... á la voz santa
De *viva Portugal independiente*,
Moved brazos y planta,
En el yunque batid el hierro ardiente
Y forjad bayonetas y cuchillos,
Y aspilleras abrid en vuestros muros
Cerrando con defensas los portillos;
Y al fin armados, de triunfar seguros,
Almenas coronad y torreones,
Al par que alzando al viento sus pendones
Vuestras huestes guerreras
Ericen vuestros puertos y riberas
De fusiles y lanzas y cañones;
Y ¡venganza! gritando,
Y viva Portugal ¡viva! exclamando,
Lanzad con ira varonil el guante
Á esa nación que ensánchase usurpando,
Que se os muestra arrogante
Y os dirige amenazas y os ofende,
Extinto en vos el fuego imaginando

Que inflamó á vuestros padres y os enciende.
Mal os conoce! Si aceptara el reto
Y la espalda oprimieran sus armadas
Del ancho mar, como la vida inquieto,
Y sobre vos viniesen, cual bandadas
De rapaces y hambrientas negras aves,
Recibidlas, magnánimos varones,
Fuego y muerte sobre ellas vomitando
Los preñados fusiles y cañones;
Y quiera Dios, y su justicia quiera,
Que por ellos heridas
En esa mar, que su arrogancia viera,
Queden á vuestros ojos confundidas.
Sí, quedarán!... y amarga la memoria
Para la Gran Bretaña
Será de vuestra bélica victoria,
Que aplaudirá con entusiasmo España,
Y en la cual verá Europa, la ancha tierra,
Que siempre fuisteis, nobles lusitanos,
Caballeros en paz, héroes en guerra,
É iberos dignos, de mi patria hermanos.

EL GRITO DE PORTUGAL

Era la hora en que cesa
El bullicio terrenal
Y en que nos muestra el silencio
Su imponente majestad.

El céfiro, que bebía
Como lascivo galán
El aroma de las flores
En su cáliz virginal,
Suspendió, como en desmayo,
El amoroso arrullar,
Y plegó sus leves alas
Dándose al reposo ya.

Apagó el bullir sonoro
De su oleaje la mar
Y ser miente á los sentidos
Campo de limpio cristal,
Donde, como en claro espejo,
Se veían fulgurar
Las estrellas, que bordaban
Del éter la inmensidad;
Y los ecos, sin rumores

Que volver y prolongar,
También se entregan al sueño,
También en reposo están,
Como el céfiro y las flores,
Como la tierra y el mar.

Todo calla!... todo duerme
En muda quietud y paz!

En tal hora parecía
La corte de Portugal,
De ese pueblo, siempre noble,
Siempre altivo, siempre audaz
En acometer empresas
Que gloria perpetua dan....
La alegre y bella Lisboa,
Entre leales leal,
Sin segunda en gentileza
Y en atractivo sin par,
Mostrábase á nuestros ojos
Semejando en hora tal
Ancho panteón excelso,
Donde el placer y el pesar,
Y el dolor y el gozo acaban
Y empieza la eternidad.

Colgada en alto, la luna
Es lámpara funeral
De ese panteón mentido
De grandeza singular.
¿Quién romperá su silencio?...
¿Quién la calma turbará
En que lánguida reposa
Esa gallarda ciudad,
Que en sí contiene el palacio
Do asienta el solio real?



¿Qué fué de su antiguo aliento?
¿Pudo en mal hora olvidar
Lo que se debe á sí misma?

Ira de Dios! ¿Portugal,
Esa nación siempre heróica,
Calla y duerme, sin vengar
La ofensa que recibiera
Del anglicano rapaz?
¿Quién de ese profundo sueño
En que yace la alzará?

La noche sigue su curso:
La luna, cual gaya nave
Que va hendiendo el Oceano,
Flota en la región del aire,
Y la nacarada lumbré
De su tibio rayo cae
Sobre la gentil Lisboa,
Como sobre el tierno infante,
Que duerme en mullida cuna,
Las caricias de su madre....
De su madre, que risueña
Y gozosa contemplándole
Faz á faz, se las envía
Del labio, á no despertarle....
De su madre que lo adora
Y que es de su guarda el ángel!
En medio el silencio mudo
En que reposando yace
La nación donde el Mondego
Ábrese anchurosa calle
Para llevar presuroso
Al mar sus limpios cristales;

En medio de ese silencio,
Que angustia, hiela y abate,
Se alzó de repente un grito,
Que partiendo envuelto en ayes
Era expresión elocuente
De honda pena y de coraje....
De dolor, que oprime el alma,
De ira que enciende la sangre,
Desbordándose del pecho
Que herido por vil ultraje,
Y agotado el sufrimiento,
En sed de venganza late.

¿Quién lo lanzó? Cual hermosa
Y gentil aérea imagen,
Hija de un sueño, que brinda
Venturas, cual él, fugaces;
Cual la que finje el deseo
Bella visión impalpable,
Y allá lejos nos la muestra
En la soledad de un valle,
Al adiós que al mundo envía
En su última luz la tarde;
Así apareció en Lisboa,
Tras el grito resonante,
Surgiendo del real palacio,
Y en lo alto de él ostentándose,
Noble y gallarda matrona,
Si meditabunda y grave.

Espeso y largo el cabello,
Envidia del azabache,
Velando su nívea espalda,
Desciende en ondas suaves;
Cubre á los ojos sus formas

Leve túnica de encaje,
Ceñida por blanco cingulo
Al esbelto y gentil talle.
En la amargura en que alienta
Y en la ira que de ella nace,
La alba luna la prestaba
Atractivo y gracia tales
Y majestad tan excelsa,
Que nunca las bellas artes
Consiguieron emularlas
En el alabastro y mármoles
Que animó el cincel de Fidias,
Ni en los lienzos inmortales
De Rafael y Murillo,
Del Ticiano y Miguel Ángel.
Vedla! ¿Quién es? Lusitania!...
Á quien rinden homenaje,
Y amor, jamás desmentido,
Islas, pueblos y lugares,
Lisboa y Oporto, y Lagos,
Capital de los Algarves!...
Lusitania!... cuya enseña,
Rica en laureles marciales,
Arbolaron sus varones
En leves pinos flotantes,
Y dando velas al viento
Y surcando ignotos mares,
La mostraron orgullosos
En hemisferios distantes;
Y en el África enemiga,
Infel región de salvajes,
Lograron, nó sin sudores,
Fatigas y esfuerzos grandes,

Engarzar á sus dominios
Tierras que regó la sangre
De sus venas generosas,
Por honrarla y por honrarse....
Tierras que hoy la fementida
Albión osa usurparles!

Al fin, alzando á la esfera
Los ojos de ira radiantes,
Clavólos luego en Lisboa
Y prorumpió en estas frases:

«Aún duermes en reposo y no respondes
Á mi voz maternal ¡oh pueblo mío!
¿Por qué á mis ojos en tu hogar te escondes,
Y ves mi angustia indiferente y frío?

»Albión amenázame y ofende,
Tierras mías ayer entra y me quita,
Y el fuego que me abrasa en tí no prende,
Ni vengativo afán tu pecho irrita!

»Seguir el reto debe al vil ultraje.
¿Quién á lanzarlo te trabó la lengua?
Ay!... si extinguióse tu viril coraje,
Evítame el horror de ver tu mengua!

»De tus mayores ínclitos la historia
Hoy te aconseje, espíritu te infunda
Para emular sus hechos, y su gloria
Que ante la Europa de esplendor me inunda.

»Sacude el sueño, pues!... El brazo fuerte
Arma y provoca al anglo á lid reñida!
Vé que la vida sin honor es muertel...
Vé que la muerte con honor es vida!»

Así exclamó la matrona

Que honraron en tierra y mares
Don Enrique y Alburquerque,
Los Gamas y Magallanes,
El bravo rey que en la Libia
Logró fama perdurable,
Cayendo á los rudos golpes
De mahometanos alfanjes,
Y Camoéns, cuyos cantos
De unas en otras edades
Volarán hasta que el mundo
En mil pedazos estalle!
Así exclamó!... y un suspiro
Lanzando después al aire,
Despareció, cual las sombras,
Del sol á la luz radiante.

Mas el nocturno silencio
No turbó su grito en balde,
Nól... que en pueblos que se estimen
Como Portugal, do nacen
Los labriegos con entrañas
Tan nobles cual los magnates:
Donde existan Serpa Pintos
Y hombres de guerra y audaces....
Donde el patrio amor impere,
Y el honor en alto raye,
Nunca morirán sin eco
Los clamores de una madre....
De la patria, que ofendida
Á sus fieles hijos llame,
Y á su altivez encomiende
La venganza del ultraje.

Trémulo albor por Oriente

Anuncia á la tierra el alba,
Y va venciendo las sombras
De la muda noche parda,
Que al fin desemboza el cielo,
Y huye, como avergonzada.
De su dormir despertando,
Despliega las leves alas,
Acariciando á las flores
Con dulces besos, el aura,
Y susurra la arboleda
Á su halago, y agitada
Por él la mar anchurosa,
Como el ramaje, desata
Lánguido armonioso arrullo,
Rizándose en olas mansas.

Sordo rumor de improviso,
Partiendo de Lusitania,
Únese al susurro blando
De las conmovidas ramas,
Y al suspirar de la brisa
Y al murmurio de las aguas,
Y creciendo por instantes
Ronco ruge, á semejanza
De horrible voraz incendio,
Que alza á las nubes sus llamas,
Ó del zumbido iracundo
En que rompe, si lo espantan,
Hirviente enjambre de abejas
Que la rica cera labran.

Lisboa entonces del sueño
Que postróle se levanta;
Y tiernos niños y ancianos
Y doncellas, y gallardas

Matronas, y vigorosos
Varones y gente de armas,
En gran tropel confundidos,
Corren á la extensa plaza
En que elévase ostentosa
De Luís Camoéns la estatua....
De Camoéns, que cual bueno
Dió gloria eterna á su patria
En las letras con la pluma,
En las lides con la espada!

Pareció á la muchedumbre
Que la piedra se animaba
Del vate eximio, y que en ella
Derramando la mirada,
Con la expresión de los ojos
Le decía estas palabras:
«Llegad á mí, portugueses!...
Cubridme de negra gasa,
Y negros tules y paños
Ciñan el noble y la dama!...
El pueblo vista de luto;
Y la enseña lusitana,
Bajo la cual lidié un día,
Velad de sombrías bandas,
Y huid y á solas dejadme,
Y no os ciñáis otras galas
Hasta que exclamar os oiga:
Portugal, ya estás vengada!»

De espeso crespón cubierta
Fué en breve instante la estatua,
Y tras él resplandecía
En la tersa frente hidalga
Del gran vate lusitano

Del sacro lauro la rama,
Que en la inmensa muchedumbre
Lampo de luz derramaba:
Que no pueden densos nublos,
Ni brumas, ni tosca lana
Velar, ni un instante, gloria
Tan noblemente alcanzada!

Con la amargura en el rostro,
La indignación en el alma,
El labio entreabierto y mudo,
La vista al polvo inclinada,
Iba apartándose el pueblo
Paso á paso de la plaza.

Quizás una misma idea
En la mente dominaba
De los de cabello oscuro,
De los de cabeza cana,
Del fuerte varón granado
Y del de ya débil planta,
De las garridas doncellas,
Y de las matronas castas!...

Acaso un mismo deseo
En tal instante asaltaba
Á los de linaje humilde
Y á los de ilustre prosapia,
Á unos y otros inflamando
En vivas é iguales ansias!...
Tal vez, jurando odio eterno
Á la altiva Gran Bretaña,
Á alzarse contra ella en guerra
Una señal sólo aguardan!
¿Quién la dará? ¿Quién? El pueblo!...
Él solo!... como el de España

Dióla en Mantua el dos de Mayo
Contra las huestes de Francia!...
Cual la dió de furia ardiendo,
Cuando su enseña Alemania
Izó en islas donde flota
La del león y las barras!...

Y la dará el lusitano!...
Respuesta tendrá no tarda
Albión, la infiel amiga,
La que usurpa y amenaza!...
Tendrála, sí, cuando grite
El bravo pueblo, que hoy calla,
«Rencor eterno á Inglaterra!...
Portugal, serás vengada!...»
Que ese pueblo, de héroes hijo
De ibera y latina raza,
Aprecia, más que la vida,
Su limpio honor y su fama;
Y con honra, y nó sin honra,
Quiere que aliente su patria.

Á PORTUGAL

¿De dónde parten, roncós resonando,
En las alas del viento vagaroso
Esos ardientes gritos, que mostrando
La indignación de un pueblo generoso,
Llegan á mis oídos,
Cual del mar proceloso,
Cuando al cielo amenaza, los rugidos?

¿Por qué despiertan en la patria mía
Rencores mal dormidos
Con el recuerdo del horrible día
En que por vil traición miró flotando
Sobre el Peñón que á Gibraltar impera
La enseña de Albión, nó la bandera
Que cubrió de laureles San Fernando?

¿Eres tú acaso, noble Lusitania,
Quien lanza ese gritar? ¿Qué, pues, ahora
Tu espíritu conturba? ¿Grey extraña
Ofensa ruda te infirió traidora,
Despreciando tu ingénita entereza,
Que es la primera en aplaudir España,
Como aplaude la alteza

De tus hechos que luz gloriosa baña?

Mas estando con lazo estrecho unida
Á esa Albión tan orgullosa y fuerte,
Que reina de los mares se apellida,
Qué nación atreviérase á ofenderte,
Sin que ella sus navíos no moviera,
Y no retase á la ofensora á muerte,
Siendo contigo en la batalla fiera?

¡Qué!... ¿No respondes? ¡Ay! Al fin tus ojos
En la pérfida Albión ven el engaño!...
Esos gritos que hoy lanzan tus enojos
Hijos son ¡ay! de negro desengaño!...
Y aunque está la razón hoy de tu parte,
Que atienda el anglo á la razón no esperes;
Fuera insania creer que ha de tornarte,
Viendo que es poderosa y débil eres,
La tierra de que osara despojarte
Esa nación de avaros mercaderes.

Tarde la has conocido!...
En mal hora á su halago el seno abriste,
Y á nuestro amor sincero preferiste
Echarte en brazos de su amor mentido;
É incauta, de ella misma te miraste
Convertida en mercado.
Sus monedas cual propias aceptaste,
Y el oro desdeñaste
En la región hispánica acuñado.

Mas España no olvida
Que eres su hermana hoy, que hija ayer eras,
Que siempre fuiste de su amor querida....
Que mientras haya mundo y haya vida
Ella y tú, Portugal, seréis iberas;
Y al ver el rudo ultraje

Que esa tu aliada infiérete, abusando
Con torpes miras del poder salvaje
Que á los ojos del mundo van mostrando
Sus soberbias armadas,
De horror y luto y destrucción preñadas,
No existe pecho hispano en que no impere,
Como en el tuyo, Portugal, la ira....
Si!... que la ofensa con que Albión te hiere,
Cual si á él le hiriera el español la mira!

Ah! no dude el valiente lusitano
Que si dado nos fuera
Hacer brotar al férvido Oceano
Navíos que poner bajo su mano,
Prestos en breve instante los tuviera
Á dar batalla fiera,
Sin treguas ni cuartel, al anglicano!....

Y si al verte romper la lucha impía
Hubiese la virtud la patria mía
De otorgar el laurel de la victoria,
Albión en las olas se hundiría,
Y tú te alzaras, Lusitania, en gloria!

Mas ay! en tu querella
Qué podrá hacer por tí? La paz ha huído
En hora aciaga de ella,
Y so el influjo de enemiga estrella
Su pueblo alienta en bandos dividido.
Que por saciar bastardas ambiciones
De oro y de poder en furia se enardecen,
Y dando libre rienda á las pasiones,
Luchan, y con su sangre se enrojecen.

Empero no desmayes!... que tu fama
Grande te obliga á ser! Ella hoy te encienda
En la sublime llama

Que en alta mar iluminó la senda
De la *tierra del Fuego* á Magallanes,
Y en la cual se abrasó Vasco de Gama,
Y miró coronados sus afanes!

Nunca tu mente olvide
Los que en tu abono son gloriosos nombres,
Ni lo que el propio honor á pueblos pide
Que fueron cuna de tan grandes hombres!...

Y así como hubo un tiempo en que Fortuna
Propicia á tus deseos se mostraba,
Y tus arduas empresas laureaba,
Del sol al rayo, y al brillar la luna....
Un tiempo en que á ensalzar los altos hechos
De tus bizarros ínclitos varones
Se alzó en tí Camoéns, pulsó la lira,
Y aun hoy resuenan sus sublimes sonos;
Así también ahora que azarosos
Días de prueba para tí han llegado,
Si enérgica desatas,
Limpiando el seno de temor menguado,
La audacia, el brío y la braveza innatas,
Y das cumplido tu deber sagrado,
Tendrás en tí poetas que se inspiren
Y al cielo en tu loor himnos levanten,
Y vates en Castilla que te canten,
Y hermanos que te admiren.

Sús, valerosa Portugal! En manos
De tus hijos desnudos los aceros
Relámpagos despidañ,
Cegando á los soberbios anglicanos,
Que en su anhelar y codiciar insanos
Deberes, amistad.... todo lo olvidan!

Alza, pues, Lusitania el pecho fuerte,

Como cumple á tu honor!... Ni un solo instante
Te mire vacilar España, Europa,
Si Albión contra tí mueve arrogante
Sus ferrados bajeles y su tropa!

No lo osará!... mas si lo osara, piensa
Que si pródigo el cielo
Las acciones heróicas recompensa
En el mísero suelo,
El lauro no dará de la victoria,
Contra un pueblo, cual tú, fiel, valeroso,
De limpio honor y de brillante historia,
Á un pueblo usurpador, si poderoso.

GLORIA Á PERAL

EL RETO Y EL TRIUNFO

I

EL RETO

Gentil, alegre, hermosa
Cual aérea visión que en sueño vano
Ofrécese amorosa
Del corazón al anhelar insano,
Por el dulce murmurio acariciada
Del mar, rizado en ondas cristalinas,
Y de la red cercada
Que le tejen espléndidas salinas....
Bajo el zafir riente
Desde el que el astro fecundante otea
De la Bética el suelo floreciente,
Y lo inunda en su luz, alza la frente
Con su atractivo mágico Eritrea,
Ciudad que hoy lleva ufana
El nombre del monarca de Castilla
Que abatiendo la enseña mahometana
Arrojó al agareno de Sevilla....
Del gran monarca de inmortal memoria,
Que siendo azote del infiel y espanto

Lidió de España y de la cruz en gloria!...
De Fernando tercero, á quien la historia
Apellida en sus páginas el Santo!

Encierra esa ciudad, noble cual bella,
Academia científica y hogares;
Tiene gente marcial cuartel en ella,
Y el Supremo Hacedor templos y altares:
Allí altivo descuella,
Como el cedro de bosques seculares
Entre el follaje que tapiza el suelo,
Torreón gigantesco, levantado
En cimientos de piedra y destinado
Á sorprender prodigios en el cielo;
Allí se ostenta el panteón bendito
Do en misteriosa paz, nunca turbada,
Y de humanas pasiones sordo al grito,
Yace so el mármol de la tumba helada
Tanto egregio varón bizarro y fuerte
Que en las revueltas olas,
Paso abriendo á las quillas españolas,
De fama ansioso, despreció la muerte;
Y allí es también el arsenal que un día
En larga cifra dió velas y velas
Que surcaron la extensa mar sombría,
En pos dejando fúlgidas estelas.

Allí pues, en la playa
Do el olaje del piélago profundo,
Apagando su hervor, suspira y raya,
Á la solemne hora
En que la flor desmaya,
Que de albas perlas coronó la aurora,
Y en que la tarde envía
Un adiós en su luz postrera al mundo,

Que lentamente en sombras se envolvía....
Á esa hora, si tétrica, sublime
En que la grey cristiana implora á Aquella
Que es celestial consuelo del que gime,
Y en las borrascas de la vida estrella,
Un hombre á solas, mudo, pensativo,
En cruz los brazos sobre el noble pecho,
Á las dulzuras del hogar esquivo,
Para su afán glorioso campo estrecho,
La húmeda arena hollaba,
En la severa faz mostrando enojos,
Y con mirada intensa devoraba
La anchísima llanura, que ondeaba
Mansamente á sus ojos.

Mas de improviso, recordando acaso
Aquel tiempo feliz en que extendía
España su poder de Oriente á Ocaso,
Y en pompa y majestad resplandecía
Sin segunda en grandeza
Entre altivas y bélicas naciones,
De los ínclitos hechos por la alteza
Con que al mundo asombraron sus varones,
Clavó la planta, y descogiendo el ceño,
Cual si cobrase el alma
En tal instante la perdida calma,
Su rostro varonil brilló risueño.

Empero no era dado hallar reposo
Ni dulce calma al corazón ardiente
Ni á la agitada mente
De ese varón de lauro codicioso;
Y las altas venturas comparando
De aquel pasado, sin igual fulgente,
Con la copia de males que el presente

Vierte en ella, su vida devorando,
La calma sólo fué para su pecho
Luz, que apenas al pábilo prendida
En las tinieblas de la noche oscura,
Y de ellas circuída,
De repente apagó ráfaga impura.

Hurtó el mirar del piélago extendido
Y de los vientos lo elevó al palacio,
De ira y vergüenza el seno estremecido;
Vertiéndolo en redor, luego lo inclina....
En tierra y mar y en el etéreo espacio
Blanda y dulce y sabrosa paz domina;
Sólo su corazón gime y alienta
En inquietud sin término y violenta!

Tornó el ceño á fruncir, y su semblante
Á nublarse volvió! Fija, clavada
Como dardo punzante,
Brilló por vez segunda su mirada
En la inmensa llanura murmurante,
Que ayer, en negros montes erizada,
Con ímpetu salvaje, irresistible,
Hundió en su abismo la soberbia armada
Titulada en Castilla la Invencible:
Y al fin confusas frases murmurando,
Un reto lanzó en ellas
Al mar, que limpio espejo semejando,
Copiaba el firmamento y las estrellas.

Retólo, sí! Con bárbaro rugido
Respondió al reto el mar!... Y cual prendido
Rico topacio, ó cual argénteo broche
Que despide de sí luz peregrina,
En tal instante apareció Lucina
En el bordado manto de la noche.

Y sin que el sueño inerte sacudiera
En que yacía el huracán sañudo,
Ni sus horrendas alas descogiera
Y con empuje rudo
Las argentadas mares conmoviera;
Sin que infundiendo pánico se alzara
La tempestad sombría,
Y en truenos reventara
Señoreando la región vacía,
Á virtud de hondo arcano
En són desgarrador vórtice hirviente
Eleva al cielo el cristalino llano,
Que veloz descendiendo de la altura,
Del bramador torrente
Con el ímpetu insano,
Dejó ver á tal hombre la figura
Grandiosa, colosal, del Oceano.

¿No os fingió nunca el delirar ardiente
De fiebre destructora,
Ni trajo á vuestra mente
La influencia del sueño creadora,
Ni os ofreció á los ojos
La gigantesca imagen imponente
De esos que vió la gente primitiva
Invencibles titanes, que el frondoso
Álamo recio y la palmera altiva,
Y el verde cedro erguido y aromoso
De raíz arrancaban,
Y cual si juncos fuesen, los lanzaban
Al viento vagaroso?

¿Los visteis? ¿Sí? Pues bien, viles pigmeos
Eran esos titanes en el mundo
Ante el feroz, soberbio sin segundo,

Inmortal Oceano,
Que al revolverse y levantarse en guerra
Muestra en su faz el infernal anhelo
De atar á su dominio la ancha tierra,
Y en són triunfante penetrar el cielo.

Mas no es dado á mi pluma
Hoy que la edad, como la muerte impía,
Quebrantando mi espíritu, me abruma,
Y hielas el numen que inspiróme un día,
Pintaros ni en bosquejo la grandeza
De ese rey de las aguas que arrogante,
Y sin rival en ímpetu y fiereza,
Responde al huracán horrisonante
Con espantable asordador bramido,
Y en quien si el ígneo rayo toca ó hiere,
Por sañuda tormenta despedido,
Cual leve chispa de improviso muere.

El lauro dejó al estro poderoso
De los ínclitos vates de Castilla
De retratar al inmortal coloso,
Cuya terrible majestad me humilla,
Y diré que al alzarse del rizado
Caudal sonoro, bajo el cual asienta
El cristalino alcázar relevado,
Do en magnífico trono reclinado
De nácar y coral temido alienta,
Mudo de asombro, extático al mirarle
Quedó Peral y como el mármol frío;
Pues él era el varón que osó retarle,
Alarde haciendo del innato brío.

Desdeñosa mirada
Vertió el coloso en él, mal reprimida
Y en sonrisa sarcástica velada

La furia enardecida
Que le inflamaba el palpitante seno,
Y esto díjole al fin con voz que en su oído
Ronca y áspera hirió, como zumbido
De rimbombante trueno.

«Quién eres tú, gusano miserable,
Que ciego, en alas de esperanzas locas,
Y abrigando anhelar irrealizable,
Sin temer mi pujanza incontrastable
Hoy mi furor provocas?

¿No me conoces? Á los recios muros
Y escollos escarpados,
Que tiemblan á mis golpes redoblados,
En sus hondos cimientos mal seguros,
Pregúntales por mí: que ellos mi historia
Y mis hazañas saben, y no en vano
Á ellos acudirás! En tu memoria
Lo que te digan guarda; y vé que insano
Es quien aspire á oscurecer la gloria,
Y á burlar el furor del Oceano.

El Océano soy,
Y me retaste audaz! La calma admira
Con que viéndote estoy,
Sin desatar mi fervorosa ira;
Y al par entiende, que tu orgullo necio,
Que tu flaqueza compasión me inspira,
Y que sólo mereces mi desprecio.»

Nada más añadió. Con el terrible
Estruendo y rapidez con que desciende
Al proceloso mar peñasco horrible
Que de altísima roca se desprende,
Se hundió en las mansas aguas el coloso,
Y las aguas saltaron,

Y del varón de fama codicioso
La faz de blanca espuma salpicaron.

Herido por la mofa, en su impotencia
Dobló el cuello Peral; empero ajeno
Su hidalgo pecho de temor mezquino
Y cual Colón, de fe sublime lleno,
Exclamó en sorda voz: «ancho camino
Profundo meditar y estudio y ciencia
Me abrirán á tu alcázar cristalino,
Océano espantable:
Penetraré tu imperio dilatado,
Abismo inescrutable
De humano sér jamás visto ni hollado;
En él oculto, escudaré incansable
La hispana independencia
Del empuje y violencia
De toda escuadra extraña formidable,
Ó en tu ansiedad brutal y en tu inclemencia
Pondrás fin á mi vida miserable.»

No dijo más. Volviendo
Espaldas á la mar, con planta lenta
Á la ciudad camina,
Esclavo del afán que le atormenta;
Y en ella entró, cuando del orto abriendo
La áurea puerta la estrella matutina
Á la tierra mostró su faz divina.

II

EL TRIUNFO

En el ardiente empeño
De dar cima feliz en plazo breve
Al generoso intento que le mueve,
No halla Peral, ni en sueño,
Benéfico reposo; y entregado
Á cálculos profundos, ya fallidos,
Ya del acierto ansiado,
Que le halagaba el corazón, seguidos,
Jamás desfallecía
La fe que el alma noble le inflamaba,
Como inflamó la de Colón un día,
Ni en ella la esperanza decrecía
Que eterno lauro á su anhelar brindaba.

Y prosiguen su rápida carrera
Incansables las horas,
De gratas ilusiones destructoras,
Y la arboleda, y el florido llano
Y la gentil pradera
Pierden y cobran su verdor lozano;
Y en sucesión jamás interrumpida
Una vez y otra ufánanse y despojan
De la gala vestida,
Sin que Peral alcance
Las nieblas disipar que le acongojan,
Ni coronar el relevado intento
En que puso honra y vida,
Confiando en la ciencia y en su aliento!

Mas no lo alcanzará? Qué!... Tan profundos
Estudio y meditar, días tan largos
De fatiga y afán, y tan amargos,
Podrán ser infecundos?...
Estériles serán? Ah!... nó! Vecino
Es el solemne instante
En que se alce Peral, mostrando al hombre
Ingenio peregrino,
Con que vida eternal dando á su nombre
Bajo las olas se abrirá camino!

Al fin la hora de su triunfo suena!
En gran tropel inmensa muchedumbre
Del sol naciente á la radiosa lumbre
Dejando la ciudad, el puerto llena,
Y en él bulle agitada
En continuo oscilante movimiento,
Como en campiña de sudor regada
La rica mies dorada
Al repetido acariciar del viento.

Súbito cesa la inquietud, y un mismo
Anhelo allí los rostros ilumina,
Anhelo que nació del patriotismo
Que en todo hispano corazón domina;
Y de anhelar tan generoso esclava
La inmensa gente, que la playa cubre,
En el ancho arsenal los ojos clava;
Y de él, nó sin sorpresa, resbalando
Por pendiente suave,
Vió descender al mar extraña nave,
Mentido pez, que entrando
En sus aguas, divídelas y flota,
Y avanza, larga estela en pos dejando
Que marca su derrota.

Peral en él mostrábase, ceñido
De la veste marcial de oro bordada
De los que han por su mérito obtenido
Puesto de honor en la española armada;
Y linos dando y vítores al viento
Desde la playa el pueblo le saluda
Latiente de contento;
Y pálido el semblante,
Y de emoción el seno palpitante,
É inclinando la frente,
En militar estilo lengua muda,
Peral responde al aclamar ferviente.

Su curso el leño de improviso enfrena,
Como bajel velero lo reprime
Á cuyo lino, suelto en la alta entena,
Impulso el raudo céfiro no imprime;
Y al par que desaparece,
En su vaso ocultándose, el marino,
Á quien aplauso repetido ofrece
La muchedumbre que su triunfo espera,
Se hundió en las olas el flotante pino,
Como si el mar hambriento lo absorbiera

Grito entonces de espanto y amargura
De la playa partió!... grito que extiende
El eco en triste són y prolongado,
Y que á morir en el espacio asciende;
Y aun no espirado había,
Cuando ahogólo otro grito de alegría
Por el pueblo lanzado,
Al ver que el leño de la mar salía,
Y que de nuevo, por Peral guiado,
El campo inmenso de cristal rompía!...
Y una vez y otra vez, y otras y ciento

Tornando á sepultarse,
Otras tantas y cien volvió á mostrarse,
Señoreando el líquido elemento,
Que brillantado por la viva lumbre
Del astro refulgente
Ser rival hora miente
Del humilde cordero en mansedumbre.

Mas por qué de improviso el pueblo calla
Ahogando el aclamar? ¿Que negra duda....
Qué temor lo avasalla?
Por qué el semblante muda,
Y latiente de pena
Y el alma de esperanza ya desnuda,
Contempla con horror la mar serena?

Ay! Vió de nuevo en su caudal brillante
Hundirse el pino leve; y esperaba
Que ascendiera triunfante
Á surcarlo, cual antes lo surcaba;
Y corría y corría
El tiempo sin parar, y de las aguas
El leño no salía;
Y tornar á mirarlo el pueblo ansiaba,
Y el leño á su mirar no se ofrecía!

¿Qué mucho, pues, que el aclamar cesando
Á la pena se entregue
Que le está el corazón atormentando,
Y en él entrada á la esperanza niegue?
¿Es extraño que crea
Que presa el débil leño del mar sea?

Mas no trabólo el mar! Cual pez ligero,
Oculto entre sus líquidos cristales,
Ábrese en ellos singular sendero
Sobre conchas y perlas y corales;

Y por corriente eléctrica empujado,
Que en él Peral á su querer desata,
Y por foco nitente de luz grata
El rumbo que le traza iluminado,
Avanzando va en él, siempre invisible,
Y á un lado y otro gira
Y párase, y arranca, y sigue y sigue,
Y en él Peral, como en su hogar, respira.
Y de él puede lanzar rayos que siembren
Espanto y destrucción en las armadas
Que hendiendo altivas las cerúleas olas,
Vengan, de horror preñadas,
Á combatir riberas españolas!...
Y sepultarlas puede en lo profundo
Del turbulento mar, antes que llegue
El eco tremebundo
Del ronco retumbar de sus cañones
En aguas de Castilla á las naciones
Que la vasta extensión pueblan del mundo!

Una hora voló, y aun no veía
La incontable apenada muchedumbre,
Que la ancha costa de Eritrea henchía,
Surgir de lo hondo de la mar, cual antes,
Y volver á flotar y á abrir sereno
Largo surco en las linfas ondulantes
El débil pino que se hundió en su seno!...
Y ya empezó otra hora
Su rápido volar! Si la pasada
Le arrebató traidora
La risueña esperanza providente,
Con generoso anhelo acariciada,
¿Dársela no pudiera la presente,
Compasiva á su duelo, realizada?

Puédelo, sí. ¡Darásela!... que el cielo
Jamás negó su amparo
Al siempre noble castellano suelo,
Ni al español, que avaro
De mantener su santa independencia,
Pone á alcanzarlo, hurtándose al reposo,
Sus fuerzas, su saber, su inteligencia!

Vedlo, si no! Saliendo
Cual otras veces, el ligero pino
Del caudal cristalino,
Y en raudo curso al arsenal volviendo,
Peral desde él envía,
Descubierta la frente, labio mudo,
Al pueblo, que no verle más creía,
De su triunfo en señal nuevo saludo!...
Y tornó la alegría

Á iluminar los rostros que á deshora
Cubrió el pesar de palidez sombría;
Y en la Isla de León renace y cunde,
Y acrece el entusiasmo fervoroso
Que el alto triunfo de Peral infunde
En todo pecho hispano generoso!

Y las palmas batiendo
La muchedumbre, de temor ya ajena,
Y en grito aclamador al par rompiendo,
Que se alza y sube y el espacio atruena,
«Viva!... viva Peral! viva!» resuena....
Y el eco repetía
Los vítores y aplausos ardorosos
De ciudad en ciudad, de valle en valle,
De montaña en montaña,
Y el grito de Peral á ellos unía
Y ese grito decía:

Viva, viva la Reinal... Viva España!
Y es fama que el titán de los titanes,
El soberbio Oceano,
Rey de las mares, y en poder hermano
De rugidores vientos y volcanes,
Juzgando estéril su furor insano
Al contemplarse por Peral vencido,
Exhaló hondo gemido,
Que oyó con gozo el hemisferio hispano!

CON LOS QUE LLORAN

ROMANCE

DEDICADO Á JEREZ DE LOS CABALLEROS

Recuerdos!... ay!... de recuerdos
Alienta la grey humana!
Son su pan!... son los amigos
Que de ella jamás se apartan;
É infundiendo gozo y penas,
Si breve aquél, éstas largas,
Con tenacidad constante
Hasta el sepulcro acompañan.
Un día fué, jerezanos,
En que la voz de la fama
Trajo á mi oído, del pueblo
Que el claro Segura baña,
Clamores y ayes de muerte,
Que acongojéronme el alma.
Ansiando expresar mi angustia
Abrí el labio á la palabra,
Y en vano!... que férreo nudo
Oprimióme la garganta!
Acudí luego á la lira,

Que en otro tiempo pulsara,
Inspirado por los hechos
De las espéricas armas:
La asió convulsa mi mano,
Codiciosa de templarla:
Herí sus cuerdas.... herílas!...
Sones arrancar ansiaba,
Que publicasen el duelo
Que en mí su ardor extremara,
Y lanzó mi lira sólo
Quejidos que desgarraban!
Arrojéla, pues!... cual hora
Mi mano torna á arrojarla:
Que cuando parten sollozos
Del corazón de mi patria;
Cuando el mal sobre sus pueblos
Su cáliz de hiel derrama;
Cuando en ellos la alegría
Truécase en luto y en lágrimas,
Y pueblan el vago viento
Suspiros, quejas amargas,
Ruegos que el pavor eleva,
Gritos que el espanto lanza;
Cuando esas quejas y gritos,
Y pavorosas plegarias,
Resuenan de villa en villa
Y de comarca en comarca
Repetidas por los ecos
De los valles y montañas;
Cuando á los sentidos llegan,
Como fúnebres demandas,
Á despertar en los ánimos
La virtud más noble y santa....

Ah!... cuando horrores anuncian,
Colmando de angustia á España,
Mi seno rompe en gemidos,
Mi musa llora, no canta!

Qué!... ¿No oís doquier rumores,
Que vuelan del austro en alas,
Sordos, lúgubres, medrosos,
Que afligen y al par espantan?
Os dicen: «Era una noche
Fría, oscura: encapotaba
La extensión del firmamento
Espesa sombría gasa,
Cual negro paño que emboza
Lecho de urna cineraria:
Densas nubes de su seno
Lluvia á mares arrojaban
Sobre las fecundas tierras
De Málaga y de Granada;
Y el Euro, de los hogares
En los muros, y en las ramas
De altos árboles frondosos,
Azotándolos, silbaba.
Su hiriente voz de improviso
El viento iracundo acalla,
Cesa la lluvia, y con ella
El bullente són del agua,
É imperó por breve instante
Inerte profunda calma,
Silencio mudo, solemne
Como el de la tumba helada...
Calma y augusto silencio
Que, cual relámpago, pasan,
Siendo siempre anunciadores

De tormentas y borrascas.
Ay del que en tal noche juzgue
Ver lucir serena el alba!...
Ay del que tranquilo duerme
Bajo el techo que le ampara!
Al lejos confuso, extraño,
Sordo ruido se levanta,
Que crece, que se avecina
Veloz, cual centella rápida,
Y enardécese y retumba
Como el trueno en lontananza.
Oyéronlo cuantos pueblan
La bella morisca Alhama,
Que reclinada aparece
De alzado monte en la falda,
Y cuyo dormir arrulla
Del Marchán la linfa clara.
Lo oyó la ciudad que asienta
En la Sierra de Almijara:
Sonó en el campo que rinde
Rico fruto á Zafarraya;
Y llegó veloce á Nerja,
Y extendióse á Periana
Y á Torrox; se oyó en la costa
Que el Mediterráneo baña,
Y sembró vivos temores,
Y despertó tristes ansias.
Tras breve momento oscila
El suelo bajo la planta,
Y estremécese convulso
Con sordo estridor, y salta,
Como cárcel que del freno
Rompe la opresora traba;

Y á la violencia terrible,
Avasalladora, bárbara
De sus propias sacudidas
Acá y allá se desgarrá;
Y en los muros se abren grietas,
Crujen techumbres alzadas,
Y aquéllos y éstas desplómanse
Entre clamores que espantan,
Y entre quejas y gemidos,
Y entre sollozos y lágrimas!
Busca la esposa al esposo,
El tierno hermano á la hermana,
La madre llama á sus hijos,
El padre á gritos los llama;
Y en gran confusión de infierno,
Cual sombras de él evocadas,
Varones, hembras y niños,
Y ancianos tristes y ancianas,
Hurtándose á sus hogares,
En los campos se derraman!...
Y á hacer el cuadro más negro
De su congoja y sus ansias,
De sus temores y espanto,
Y de tal desdicha y tanta,
Condénsanse las tinieblas,
Aquilón de nuevo brama,
Y desata al par el cielo
Sus sonoras cataratas!
Ay!—¿Qué será de esos pueblos?—
Qué de sus iglesias santas?....
Qué de los seres, que acaso
Palpitantes de esperanza
El pecho al placer abrían,

Venturas quizás soñaban?
Sábelo sólo la noche!...
La noche lo mira y calla!
Al fin lució por Oriente
El albor de la mañana,
Y vióse gran muchedumbre
En los campos apiñada,
Hambrienta y al par desnuda,
Y yerta de frío y pálida,
Con el espanto en los ojos,
Con el dolor en el alma,
Y horrendas nubes por techo,
Y por lecho sólo charcas!
Viéronse sin voz, sin gente
Torrox, Nerja y Zafarraya,
Albuñuelas destruída,
En escombros Periana,
Y Alhama.... allende es el tajo
Que su humilde río encauza:
Allí el monte su cimiento....
Alhama.... ¿Dónde está Alhama?
Ah! Preguntadlo á su río!...
Preguntádselo!... Sus aguas
Os dirán: «Aquí fué un día!...
En la tierra todo acaba!»—
No ignoráis ya, jerezanos,
Las desventuras amargas
Que acongojan á los hijos
De Málaga y de Granada.
Á enjugar el llanto acerbo
Que sus mejillas escalda;
Á arropar á los desnudos,
Á alzar humildes moradas,

Á dar y dar pan á tantos
Cuantos de hambre desmayan,
Rogando á Dios por las víctimas
Entre escombros sepultadas,
Como un solo hombre, acuden
Las provincias sus hermanas,
Ardiendo en fuego sublime,
De la caridad en alas.
¿Y alentará indiferente
Á esas desdichas sin tasa
Jerez de los Caballeros,
La ilustre matrona, patria
Del buen Núñez de Balboa,
Y de Figueroa y Vargas,
De los Martínez de Porres,
Del Comendador de Alcántara
Vasco de Jerez, y de otros
Varones de prendas altas
Que con fe y acero y pluma
Alcanzaron justa fama?...
No es madre de Villalobos
Y de Bazán?... No se ufana
De haber mecido en la cuna
Y amamantado en su falda
Al noble Portocarrero
Y á Zambrano? No hace gala
De su amor maternal cuando
Sus nombres en piedra graba?
Oh! Sí! Pues la ilustre madre
De esa esclarecida raza,
Y de esa raza las hembras
Y varones, que heredaran
Generosos sentimientos

Que ennoblecen y realzan,
No acuden ni corren.... vuelan
Al lado de la desgracia!
Y volaréis, jerezanos!...
Volaréis! Si lo dudara,
No alentara entre vosotros,
Ni vuestros campos hollaran
Mi buena esposa y mi Elvira,
Dulces prendas de mi alma!
Qué!... ¿Calláis? No volaréis
Do la caridad os llama,
Á amparar la desventura?
El dudarlo fuera insania!
Sí, Jerez!... que tú eres hija
De la nación más hidalga
Que alumbra el sol desde asoma
Hasta que en ocaso raya;
Y cuantos abren los ojos
En tierras de nuestra España,
Ora so techo mezquino,
Ora en opulenta estancia....
Todos, sí, todos! los grandes,
Los señores y las damas,
Los de modesta fortuna
Y los de fortuna escasa....
El labriego y la labriega
Nacen con nobles entrañas!

EN EL PANTEÓN DE GUAREÑA

ANTE EL SEPULCRO DE MI AMIGO

DON ANTONIO PIZARRO

Héme aquí! Justa deuda de cariño
 Á esta mansión me trae,
Mansión muda y sombría, donde acaban
 Los bienes y los males!

Héme aquí.... ¿No me escuchas? ¿En tu oído
 No hiere ya, cual antes,
La voz de la amistad? Ay! ¿Será en vano
 Que te nombre y te llame?

Óyeme! Ruego inútil! Ay! Del sueño
 En que postrado yaces....
De ese sueño sin horas ni medida
 Quién podrá despertarte?

¿Quién ¡ay! del polvo á que te ató la muerte
 Con sus heladas trabes,
Tendrá en sí la virtud, virtud sublime
 De romperlas y alzarte?



Oh!... si en mí fuera, á cuantos hoy te lloran....
Á Isabel y á su madre
Te volviera mi amor!... cuánto gozaran
En tornar á estrecharte!

Mas ay! ¿qué puedo yo?... qué puede el hombre,
Que es barro deleznable,
Contra el destino, cuya hambrienta saña
Jamás se satisface?

¿Qué puede el hombre, pues, que al desencanto
Los tristes ojos abre?
¡Sólo le es dado suspirar deseos,
Y los suspira en balde!

Muros de piedra, gigantescas torres,
Excelsos baluartes,
Que despreciáis las lides y las iras
De fieros huracanes;

Ostentosos palacios del orgullo,
Empinadas pirámides
Que en las nubes herís, templos y estatuas,
Maravillas del arte;

También el tiempo, con los rudos golpes
Que os sacude incansable,
Os quebranta, y al fin caéis á tierra,
Como los hombres caen!

Todo va al polvo!... En polvo se convierte
Cuanto del polvo sale,
Y el mismo lecho en él tiene el mendigo
Que tienen los magnates!

Tierra bendita, que mi planta huella,
Muros que me cercáis,
Mostrándoos á mis ojos incrustados
De losas sepulcrales,

Que el amor consagrara á la memoria
Del esposo y del padre,
Del bello joven, única esperanza
De anciano venerable,

Y del niño, que huyó del mundo á unirse
Al coro de los ángeles;
Con qué voz tan severa y elecuente
Al corazón habláis!

Como agolpan sus olas á las playas
Los alterados mares,
Así en tropel sombríos pensamientos
Á mi mente agolpáis,

Haciendo el alma presa de hondas dudas
Que la hielan y abaten!
¿Quién volverme podrá la paz perdida
De unos y otras librándome?

Venid á mí, filósofos del siglo,
Hombres sesudos, graves,
Que os creéis de altas ciencias poseedores
Y os tenéis por gigantes,

Disipad estas sombras que me espantan,
Y la verdad mostradme!
Mostrádmela!... aunque, al verla, de amargura
Mi corazón estalle!

Mas ay!... estéril ruego! La experiencia
De que hacéis vano alarde...
Las ciencias, que os bañaron con destello
De su luz fulgurante,

Y la que en ondas vos sobre la mente
Del pueblo derramáis,
No pueden ahuyentar las negras dudas,
Causa de mis pesares!

Dejadme, pues, con mi dolor á solas!...
Á mi voz no acudáis
Si no queréis, oh sabios de la tierra,
Veros tan miserables,

Cual me veo yo mismo ante esta fosa
Que me oculta los manes
Del bondadoso amigo, á quien no puedo
Olvidar ni un instante!

Pobre Antonio!... Cuán presto el soplo helado
De la muerte implacable
Tu existencia apagó, de tu familia
Al puro amor robándote,

Y á mi fiel amistad! ¿Y no he de verte,
Caro amigo, cual antes,
Ni he de escuchar tu voz, dulce al sentido
En mis penas fatales?

Dudas horrendas, que me ahogáis el alma,
Huid!... en paz dejadme!
Ah!... sí!... quiero creer que hay otra vida
De dichas eternas,

Y que en ella, quizás en plazo breve,
Mis ojos han de hallarte!...
Y lo creo! Tu sombra me lo dice!...
Me lo dicen el aire

Que en este mudo panteón respiro
Y la cruz que en él álzase
Y mi fe que sacude su desmayo,
Y en su almo fuego inflámame!

Sí, te veré!... como veré á los seres
Que en este mundo amáronme,
Y cuya muerte deploré, vertiendo
De lágrimas raudales!

Sí, te veré!—Permíteme que el labio
Hora en tu losa estampe,
Ya que no es dado á mi leal cariño
Contra el seno estrecharte,

Como ayer contra el tuyo me oprimiste
La despedida al darme;
Y adios, pues, hasta el día en que á tu lado
La eternidad me llame!

EL HASTÍO

¿Por qué indolente en postración constante,
Mudo cual fría estatua, yazgo ahora?...
¿Por qué mi planta errante
Cruza valles y montes, y camina,
Y allá va, y á dó va mi pecho ignora?...
¿Por qué mi sien se inclina
De palidez cubierta
En malestar que lento me devora?...
¿Qué influencia fatal en mí domina,
Que á combatirla el corazón no acierta?...
¿Qué busco?—no lo sé!... Ni aun sé si anhelo
En lánguido letargo
Ver resbalar las horas, ó en desvelo,
Ó en dulces goces, ó en dolor amargo!
Ni odio ni amor, ni dudas ni temores
Mi espíritu conturban: la esperanza
Ya no me brinda sus risueñas flores,
Ni venturas ni amores,
Ni á seducirme y deslumbrarme alcanza.
¿Quizás afecto extraño
Que en mí naciera de mi misma vida,

Ó el ser debiera á propio desengaño,
Se exacerba en mi daño,
Y soy pasto á su saña enardecida?

¿Qué siento, pues, en mí, que indiferente
Al mal y al bien, y á cuanto halaga frío,
Mi pecho, que antes fué volcán ardiente,
Semeja, seco ya, desierto umbrío?...

¿Serás tú, helado hastío,
Quien me abate, y en mí crüel impera?...
¿Quién, sino tú, pudiera
Agolpar á mis párpados el llanto,
Sin que acerbo quebranto,
Ó ferviente dolor me aflija y hiera,
Y hacer brotar al rostro la alegría,
Sin que el placer, ó el gozo me sonría?

Tú eres, sí!... Te conozco! Cual en verdes
Bosques, y en campo de matices lleno
Se oculta áspid traidor, así en mi seno
Te escondes, y te enroscas fiero, y muerdes!

¿Quién, pues, me entregó á tí?... ¿Quién en tus trabas
De endurecido hielo
Sujetó mi albedrío,
Haciéndome en el suelo
Vil esclavo de tí, letal hastío?

¿Tal vez fué dado al mundo,
Obra excelsa, sublime,
Del Creador espíritu fecundo
Que el sello divinal en ella imprime,
Ese poder tiránico?—Á deshora,
Mi mente fascinando, torpe sueño
Afirmómelo así!... Quizás traidora
Del Orco la ira con nefando empeño
Logró en él infundirme tal idea!

Mas al fin desperté!... Del mar se alzaba
El rubio sol, y su encendida tea
Bañando de esplendor el horizonte,
Risa al cielo prestaba,
Y el hondo llano y empinado monte
En su lumbré vivífica inundaba.

Á su divino rayo fecundante
La tierra contemplé; y en su ondulante
Alfombra de verdura
La rica esencia y aromosa aspiro
Que exhalan á las auras tiernas flores,
Dulce como el suspiro
Que al seno arrancan de la virgen pura
Los primeros amores.

Riqueza varia, amenidad, belleza,
Encanto y armonía,
Y movimiento, y vida, y alegría
Hallo doquier, y singular grandeza
En valle y bosque y arboleda umbría,
Y ásperas sierras que en las nubes tocan,
Fortísimos gigantes
Que al tiempo al par que al Aquilón provocan.

De ellas al fin aparto los sentidos;
Y en ansias de admirar fijolos luego
En el campo anchuroso
De ese mar espumoso,
Inmensa tumba del bullente río:
Del mar, que ya erizando su llanura
En horrendas montañas ruge impío,
Y las lanza en su vértigo á la altura,
Cual ansiando iracundo
Ser de los astros funerario velo,
Y en sus entrañas encerrar el mundo,

Santa Fe 1.º de Mayo 1892

Y en su dominio contener el cielo,
Ó ya en calma, rizando sus cristales
Á los halagos de la brisa, ofrece
Ocultos en su seno entre arenales,
Y entre ramaje que lozano crece
Y extiéndose y lo alfombra,
Conchas de nácar, perlas y corales
En copia tanta que á la mente asombra.

Ah!... la espaciosa tierra
Que lluvia celestial baña y fecunda,
El mar que la circunda,
Cuanto aquélla produce y en sí encierra,
Y éste atesora en su cristal sombrío
Y en sus abismos codicioso guarda,
Creóse para el hombre,
Y exclamar puede el hombre: «¡el mundo es mío!»
No es, pues, el mundo quien al mal nos ata,
Y nos entrega á tí, bárbaro hastío!

¿Me encadena á tí el cielo?—Allí do brotan
En larga vena el bien y la ventura
De vivas fuentes que jamás agotan
Su caudal de virtud y gracia pura:
Allí, do humilde el ángel se prosterna,
Y en coro excelso de armonía santa
Del *sumo amor* y la *justicia eterna*
El poder y grandeza absorto canta:
Allí donde despliega el rico manto
Salpicado de nítidas estrellas
La que es de escalas místicas encanto:
La Madre, que piadosa
Presta amparo al mortal, y sus querellas
Escucha, y de sus ojos borra el llanto:
La que amor por amor tierna nos vuelve,

Y es amor del amor del Infinito;
La que ante Él en su gracia nos envuelve,
Y confunde al precito....

De allí, donde respira
Todo grandeza, y majestad, y gloria;
De allí, á do el hombre aspira
Á alzarse tras la vida transitoria,
No pueden descender el mal y el duelo,
Ni el hastío que hiela y seca el alma,
Sí la fe que la alienta, y el consuelo
Que la devuelve la perdida calma!

¿Acaso fué el mortal, él... ¡ay! mi hermano,
Quien arrojóme á tí, como se arroja
Gravosa carga al férvido Occeano,
Ó con resuelta mano

La flor que ya marchita se deshoja?

Ay! fuélo, sí!... Fué el hombre el que infundiendo
En mí su afán ardiente, y á deshora
Mi juventud en la vejez hundiendo,
Disipó mi ilusión encantadora!...

Él ¡ay! me emponzoñó la fuente pura
Que brindóme el amor; y al par trocando
Mi dicha en amargura,
Y mi dulce esperanza marchitando,
Me abrió en el corazón profunda herida,
Y de angustia y dolor colmó mi vida!...

Él fué, sí, quien impío
Á tí me encadenó con dura amarra
Que me oprime y ahoga, yerto hastío!

¿Y cual espira tímido cordero
En la ardorosa garra
Con qué hambriento león lo apresa fiero,
Y voraz lo desgarrá,

Así habré fin entre tus rudos lazos,
Sin que intente animoso,
De noble esfuerzo á impulso vigoroso,
Romperlos en pedazos?...
Pues qué!.. ¿tu influencia impura
En mí eterna ha de ser?—Esquivé en balde,
Por hurtarme á tu yugo, la dulzura
Del santo hogar materno, donde impera
Del amor la ternura,
Que en mi alegre niñez me sonriera:
Troqué en balde su paz blanda y sabrosa
Por el bullicio insano de la orgía;
Que en ella te sentía
Y me miraba en tu coyunda odiosa!...
Armé luego mi mano
Y mi frente ceñí de limpio acero,
Lanzándome á la lid en rauda overo
Por arrancarme á tu rigor, y en vano;
Que entre el gritar y el maldecir horrendo
De las haces que airadas
Se embisten y acuchíllanse mezcladas:
Allí del bronce al espantable estruendo,
Y al rudo golpear de las espadas
Que crujen ígneas chispas despidiendo:
En el campo, testigo
Del furor con que el hombre se ensangrienta
Siempre aferrado á mí te ví conmigo,
Haciéndome anhelar muerte violenta!
¡Y aún me esfuerzo á vencertel... Y lucho insano,
Y agítome y afano
Por librarme de tí.... Momentos hubo
En que creíme vencedor, y al cabo
Un desengaño más mi esfuerzo obtuvo.

Siempre, siempre vencido
En mi ansiar me miré!... Siempre triunfante
Te ví al llagado corazón asido!

Cómo arrancarte de él?—Hondos enojos
De improviso me inflaman, y alzo al cielo,
Airado provocándole, los ojos;
Y al par llegó á mí un grito que partía
De un alma toda amor!... grito que duelo
Y piedad y terror en sí envolvía!...

Tu grito, madre mía,
Que á despertar mi fe sonó en el suelo!—

¡Dó estás ya, seco hastío,
Que me abismaste en dura servidumbre
El corazón atormentando, impío?
Héme libre de tí!... que al fin la lumbre
De la fe, que tu hielo en mí eclipsaba,
Con inextinto ardor de nuevo esplendes;
Y allí tu imperio acaba
Donde la santa fe su antorcha enciende.

Á LA NOCHE

DEDICADA Á MI QUERIDO AMIGO

EL SR. D. MANUEL M.^a ALBARRÁN Y GARCÍA-MÁRQUEZ

¡Cuán gratas fueron en mis verdes años
Tus sombras y tu paz al alma mía!
Libre entonces de amargos desengaños,
Que eclipsan la esperanza,
Acariciada un día
En sueños de placer y venturanza,
Á mis ojos el suelo
Ufano de su pompa sonreía,
Y en valles y florestas me ofrecía
De amor y dicha perenal un cielo.

Mas nunca de la aurora
El nácar y el carmín, ni el refulgente
Vívido sol que al despuntar colora
De púrpura el Oriente,
Ni el canto, no aprendido,
Con que pueblan el viento de suaves
Y dulces sonos armoniosas aves
En las mañanas del Abril florido,

Ni del pueblo el bullicio jubiloso
Al alzarse del lecho
En que dióse á benéfico reposo
Infundir alcanzaron en mi pecho
La admiración y el gozo relevado
Que tu belleza y majestad, ¡oh noche!
Al fulgor de la luna, rico broche
De tu manto de estrellas salpicado.

Sí!... que en tu muda soledad, creadas
Por delirio amoroso de la mente,
En tibia luz bañadas,
Y la virgínea frente
De jazmines ceñida y blancas rosas,
Surgían á mis ojos vaporosas
Fantásticas figuras,
Como el amor hermosas,
Como el soñar de la inocencia puras:
Visiones que el ambiente perfumaban,
Despidiendo balsámicos olores
Que el sentido halagaban...
Visiones peregrinas, que brindaban
Deleite al corazón con sus favores!

De su atractivo y gracia sin iguales,
Oh noche! esclavo fuí. Me embebecía
Mirándome en sus ojos divinales,
Y al par se estremecía
El alma candorosa,
Y en ignotos deseos se encendía,
Contemplando sus formas virginales,
Mal veladas por túnica anchurosa
De rico encaje leve,
Del nardo afrenta, envidia de la nieve.

Y siempre, siempre en tus tranquilas horas,

Testigos de tiernísimas escenas
Y acechanzas traidoras,
Y al par que de pavor de encanto llenas,
Ostentarse ante mí, rostro risueño,
Y tenderme los brazos las veía:
Que despierto y en sueño
Ardoroso anhelar me las fingía!

Mas quién imaginara
Que horas tan dulces rápidas huyeran
Para no volver más? Ay! Quién pensara
Que preñadas de penas y dolores
Otras y otras vinieran
Á deshojar de mi ilusión las flores?

Y vinieron!... vinieron
Esas horas amargas
Que horribles desengaños me trajeron....
Horas tempestuosas, y tan largas,
Cuanto mezquinas las dichasas fueron!...
Y desde entonces, bajo el peso de ellas,
Como trabado á mísero destino,
Sin que piedad alcancen mis querellas,
Marcando van mis huellas
Las lágrimas que arrojé en mi camino!

Deja, pues, que en tus sombras, noche obscura,
Me abandone al pesar!... Deja que exhale
En mi acerba amargura,
Oculto en ellas, mi gemir al viento:
Que no hay dolor que á mi dolor iguale,
Ni tormento mayor que mi tormento!...
Y deja que luchando
Con él sin tregua á solas,
Y la luz esquivando
Del rubicundo sol, que alegra el día

Y abrillanta del ancho mar las olas,
Envíe el alma mía,
Limpia ya de esperanzas é ilusiones,
Un adios á las bellas creaciones
De mi ardiente exaltada fantasía....

Sólo un adios tristísimo, el postrero,
Á esas de lumbre mágica bañadas
Imágenes soñadas,
Que fueron de mi amor amor primero!

Mas díme, si en las trabas del engaño,
En que ledó alentaba, miré el suelo
Resplandecer cual cielo
De ventura eternal, quién en mi daño
Mostró á mis ojos la verdad severa,
Y al par dióme á beber con mano fiera
La hiel del desengaño?

Callas! Qué!... No me escuchas? Dó está, dónde,
Quien la esperanza me robó sañudo?...

Quien labró mi desdicha dó se esconde?...

Eres acaso tú?—Silencio mudo

Á mi insensato interrogar responde!

El aura vagarosa,

El manso arroyo, el caudaloso río....

Todo yace en quietud.... todo reposa!...

Duerme el mundo insensible al duelo mío;

Y ven mi sufrimiento indiferentes

Los astros refulgentes

Que esmaltan las regiones del vacío!

Y tú lo vez, cual ellos!... y callada

Precipitas ¡oh noche! la carrera

Al fin de tu jornada!...

Que no te es dado, con la paz perdida,

Tornarme la esperanza lisonjera

Ni la ventura huída,
Como torna su pompa á la pradera,
Marchita y abrasada
Por estivos ardores,
La gentil estación de los amores!
Presto la blanca estrella matutina,
Á cuya dulce luz el orto ríe,
Ufana mostrará su faz divina,
Y el verjel se alzará de su desmayo
Al vivífico rayo
Que el sol, saliendo de la mar, envíe!...
Presto las linfas á bullir sonoras,
Oh noche, volverán!... Presto las flores
Conmovidas por auras voladoras
Exhalarán balsámicos olores,
Y al fin gritos alegres, confundidos
Con el canto sabroso de las aves,
Despertarán los ecos adormidos!

Sólo yo suspirando
Veré brillar el astro luminoso,
Oh noche! codiciando
Con vivas ansias, con ardor profundo,
Que descojas tu velo tenebroso
Y que envuelvas en él de nuevo el mundo:
Que si en tus pardas sombras, sin testigo,
Como en edén de celestial encanto,
Dulces sueños de amor gocé contigo,
Hoy que traba mi vida el desencanto
Á perpetuo dolor horrible y fiero,
En tu silencio y tu regazo amigo
Llorar mis muertas ilusiones quiero.

INUNDACIÓN DE MURCIA

I

Reina la noche: la tierra
Al sueño vese trabada:
Todo en ella en paz reposa:
Todo duerme: todo calla.
Es su silencio tan mudo
Y tan solemne, que iguala
Al que domina en el seno
De la negra tumba helada.
Lucen nítidas estrellas
Que el celeste campo esmaltan,
Y á trechos flotantes nubes,
Cual humo leves, lo manchan.
Cándida luna, brillando
En las tinieblas cual lámpara,
De su rayo misterioso
La pálida luz derrama,
Y de la fuente y del río
En las cristalinas aguas,
Y en la ondulante llanura
Del ancho mar se retrata.
¿Quién en tan hondo silencio....

Quién en tan augusta calma
Presintiera tempestades,
Ó inmensos males soñara?
Súbito, cual rauda tromba
Que á sembrar estrago arranca,
El ángel del exterminio
En el espacio se lanza.
Viste parda y luenga túnica
Empapada en sangre y lágrimas,
Que desciende en anchos pliegues
De los hombros á la planta.
De sus ojos las pupilas
Fulgen cual ardientes ascuas:
Su aliento es letal ponzoña
Que destruye y hiela y mata.
Embozando el firmamento,
Despliega las negras alas,
Y al batirlas, la tormenta
Su iracunda voz desata.
Otea leve un instante
Pueblos, palacios, cabañas,
Y en el límpido Segura
Al cabo los ojos clava.
Veloz desciende: lo azota
Turbando su linfa clara,
Y lo trueca en mar soberbio
Erizándolo en montañas,
Que con ímpetu espantable
Allá van, rompiendo vallas,
Cual despeñado torrente
Que cuanto halla al paso arrastra.
Vedlas ¡ay!... á volcar vuelan
Turbias, hirvientes, preñadas

De males, luto y horrores,
En las campiñas murcianas!
Y aún duermes, Murcia.... Y la muerte,
Jamás de víctimas harta,
Sonríe al verte, y te elige
Para pasto de su saña!
¿No oyes su rugir? La impía
En tí ya su huella estampa,
Y no hay hogares ni muros
Que á su ira en polvo no caigan!
Sólo Dios salvarte puede!...
Él sólo! Á implorar su gracia
Despierta, Murcia, despierta!
Ay de tí, si á Dios no apiadas!

II

Desgarradores gemidos,
Quejas que el viento importunan,
Ayes, sollozos, plegarias,
De espanto voces confusas,
Gritos roncós, maldiciones
En que revienta la furia....
Cuanto con voz y eco expresa
Cólera y dolor y angustia,
Y fatiga y desaliento,
Y valor é interna lucha....
Todos esos gritos y ecos
Que honda alteración acusan
Parece que confundidos
Unos en otros se juntan

Con el estridor horrendo
De techos que se derrumban
Y el hervor y los bramidos
De revueltas aguas turbias,
Un solo són produciendo,
Són que asorda y atribula,
Són bárbaro, són salvaje,
Són inmenso, no oído nunca,
Y es el són que parte al viento
De los hogares de Murcia.
De Murcia!... que ayer soñaba
En paz risueñas venturas,
Y hoy ve volar esos sueños
Que hasta las penas endulzan!...
De Murcia!... que llora y gime
En noche aciaga, y oscura
Y medrosa, cual los antros
Que jamás el sol alumbra!...
De Murcia, que ayer se alzaba
Ufana de su fortuna,
Y hoy pobre y desnuda y sola
Con la fiera muerte lucha!
La hiel de todas las penas
Allí los pechos apuran,
Y de todos los dolores
Súfrese la ira sañuda!
Allí graciosas doncellas,
Modestas, cándidas, puras,
Que incendian con sus miradas
El hielo, y al sol deslumbran:
Allí gallardos mancebos,
Varones de edad madura,
Bellos niños inocentes,

Y matronas que en sí adunan
Modestia y beldad que encantan,
Bondad, y amor y ternura....
La niñez, la edad florida
Y la ancianidad caduca
Un mar, sobre ellas volcado,
En la eternidad sepulta!
Al fin soñolienta aurora
El horrendo cuadro alumbra.
Murcia es ¡ay! piélago inmenso,
Fiero, espantoso, en que ondulan
Mil cadáveres sombríos,
Y en que flotan leves cunas
Con ángeles, que aún reposan
Cuando á dar van en la tumba!
En Murcia hay seres que llaman
Con clamores de amargura
Al padre, á la esposa, al hijo,
Prendas que no hallarán nunca!...
Hay en Murcia horribles males,
Que el alma oprimen y enlutan!
Hay huérfanos infelices
Que piden pan! ¿En su angustia
No habrá en nuestra noble España
Quien á ampararlos acuda?

III

Orilla del Manzanares
Virgen pura se levanta,
La vista fija en el cielo,

La faz cubierta de lágrimas,
De su cabello las trenzas
En blanco lino veladas,
Y del cuello á la cintura,
De la cintura á la planta
Ocultas sus bellas formas
En tosco sayal de lana.
¿Quién es? Contempladla! Es ella
La que la orfandad ampara;
La que da pan al hambriento,
Templando sus negras ansias;
La que ofrece en cristal limpio
Á sedientos labios agua;
La que al cautivo redime,
Y al par los hierros quebranta
Del mísero esclavo negro,
Diciéndole, «soy tu hermana!...»
La Caridad!... que en las lides,
Al silbar de ardientes balas,
Alza del polvo al herido,
Y la sangre le restaña!...
La Caridad!... que se muestra
En las contagiosas plagas
Abrazada al moribundo
Con abnegación que pasma,
Y por salvarle la vida
Muere en la heroica demanda!...
La Caridad!... que no tiene
Propio hogar, ni propia patria:
Que es su patria el ancho mundo,
La del llanto su morada!
Vedla! ¿Qué anhela?... qué pide?
Oidla. Su voz exclama:

«Murcia llora: está desnuda,
Le acosa el hambre y desmaya!...
Corramos á darle abrigo,
Y á darle pan y á salvarla!
Hermanos, una limosna,
Y Dios os la tenga en gracia!»—
Tal dice. Su voz es dulce
Como suspiro del alma,
Y hallando sublimes ecos
Vuela del céfiro en alas.
Répitela el mantüano,
Suena del Tajo en las aguas
Y en las del Ebro y el Betis,
La extienden el Guadïana,
El Turia, el Segre y el Cinca,
Y la vuelven los que bañan
La rica vega y los muros
De la arabesca Granada.
Va en el bullir de las olas,
De espuma en copos rizadas,
Desde la opulenta Gades
Á la indómita Cantabria;
Y de un valle en otro valle,
Y de montaña en montaña
Llega al fragoso Pirene,
Su excelsa cumbre traspasa....
No hay pueblo do no se escuche
Esa dulce voz que exclama:
«Para Murcia una limosna,
Y Dios os la tenga en gracia!»—
¿Y habrá en tierras de Castilla
Pechos que esquiven el darla?
Nó por Cristo! Á los hispanos

En la niñez amamantan
Madres de sin par nobleza,
Y más que nobles, cristianas:
Y si bravos cual leones
Vencen en rudas batallas,
Tienden la mano al vencido,
Y apadrinan la desgracia.
Aquí sublimes virtudes
En férreo nudo se enlazan
Con el valor siempre heroico
Y la altivez no domada.
Hay aquí paños que enjuguen
Lágrimas propias y extrañas,
Y á salvar la independencia,
Por muros pechos y lanzas.
Hablen, si no, las cenizas
De Sagunto y de Numancia!...
Díganlo, si no, las lunas:
Que si con traidoras armas
En el turbio Guadalete
El lauro del triunfo alcanzan,
Rotas después y vencidas
En cien sangrientas jornadas,
Á no volver más, huyeron
Á las costas africanas!...
Las huestes del Sena díganlo!...
Hablen sus gloriosas águilas
De Austerlitz, Marengo y Jena,
En sangre en Bailén ahogadas!...
Díganlo... ¿Á qué? No es Castilla
Esa matrona magnánima,
Que hallando estrecho el espacio
Que su augusto imperio abarca

Lanza á los mares sus proras
Y un mundo á su cetro engarza?
Alienta, abatida Murcia,
Hija de esta heroica España!...
Alza la faz!... que á tí vuela
La Caridad sacrosanta
Á derramar en tus campos
Torrentes de oro y de plata!
No habrá en tí pobres ni huérfanos:
Que ella, que en amor se inflama,
Madre tierna sin segunda,
Prohijándolos, los ampara.
Con ella van á tus valles
Las Virtudes sus hermanas,
La que muestra al hombre el cielo,
Y la que al hombre acompaña
Desde la cuna á la fosa,
Do el dolor y el gozo acaban.
Ellas por tus hijos muertos
Alzarán á Dios plegarias,
Que repetirán los ángeles
Al són de divinas arpas.
Tén, pues, Murcia fe, y espera!
No más ayes!... no más lágrimas!
Las Virtudes son contigo,
Tiéndente el manto y abrazan!
Ellas del mal que te postra
Te salvarán! ¿Qué no alcanzan,
Unidas en lazo estrecho,
Fe, Caridad y Esperanza?

Á ESPAÑA

EXCITÁNDOLA

Á LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD

Sonó la hora del perdón!... El ruego
Del Hijo escucha el Padre omnipotente!...
Extinto ya de la justicia el fuego,
La luz de la piedad baña su frente,
Y el triunfo es del amor!... Un sol divino
Con nunca visto resplandor fulgura:
Su rayo peregrino
Al mundo paz y venturanza augura;
Y la raza rebelde y pecadora,
Que del cielo proscrita
Atada al polvo y abatida llora,
Torna los ojos al celeste rayo,
Y de esperanza y júbilo palpita,
Volviendo al fin de su mortal desmayo!
Y cuando amor le trae,
Y amor inspira y fraternal ternura,
Y á sí los pechos por amor atrae:
Cuando le guía amor y amor le alienta,
Y en holocausto del amor se ofrece

En la cumbre del Gólgota sangrienta;
Y cuando allí tras funerario velo
Su inmenso amor se exhala y resplandece
Engarzando al morir el mundo al cielo,
¿Pudo el hombre más tarde, pudo impío
Al faro salvador cerrar los ojos,
Sentir el pecho para el bien vacío,
Y henchido al par de ingratitud y enojos?

Pudo, sí, pudo!... Y la sublime idea
Que acarició el Jordán, y en la alta cumbre
Del Calvario la sangre purifica
Que bañando la Cruz cálida humea,
Y mancha á la proterva muchedumbre
Que en tan negro suplicio se recrea,
Nueva sangre después la magnifica,
Que vierte infiel cuchillo,
Y sosteniendo incólume su brillo
La aclama por doquier y glorifica.

Vedlo, si no!... La fementida Roma
La opone alzado valladar, y airada
Las recias armas á la lucha toma,
En sus ídolos falsos confiada.
Mas ¿dónde los guerreros
Que intenta avasallar?... ¿Á dó se esconden
Los paladines de la santa idea,
Que al bárbaro gritar de la pelea
Con desnudos aceros no responden?
Hélos, ¡oh Roma!, allí!... Ah!... te saludan
Con la paz del Señor!... Son tus hermanos!..
Brindando amor con el amor se escudan,
Y á tí llegan tendiéndote las manos!
Esas las huestes son que hora combates!
Para ellas guardas nítidos laureles

Cuando al verlas de rabia y odio lates!
En balde el triunfo anhela,
Y en sed de estrago, cual leona herida,
Ruge, y crüel á exterminarlas vuela,
De Satán por la cólera impelida!...
En balde allí clavándose la garra
De sus águilas fieras imperiales
En senos virginales,
Y en pechos que inflamó fe prodigiosa,
Rómpelos y desgarras,
Hartándose de sangre generosa:
Que esa sangre fecunda
Del ancho circo la infecunda arena,
Y la unidad allí su reino funda
Do corre en más ardiente y larga vena!...
Allí vida recibe
Do parece espirar, y sus proezas
Con sangre de sus mártires escribe!...
Por ella vela Dios!... Y cuando en Roma
El alto Capitolio se desploma,
La santa idea sobre Roma vive!

Mas ¡ay!... ¿Será que el hombre
Al aclamarla en la anchurosa tierra,
Y al bendecir su nombre
Como lazo de paz y venturanza,
Abra doquier palenque á infanda guerra,
Robe al hombre, su hermano, la esperanza,
Y velando hasta el crimen con su lumbre,
Y en la traidora mano presto el yugo,
Le reduzca á humillante servidumbre,
Convirtiéndose en déspota y verdugo?

Parece ¡ay! que tan sublime idea,
Que al emanar de Dios hija es del cielo,

Caber no puede en el maldito suelo
Do la opresión campea,
Cavando á la razón tumba de hielo!

Amor!... Fraternidad!... Soñada gloria!!
Siempre la fuerza!... y por doquier triunfante
Manchando con sus crímenes la historia!...
Siempre el oscurantismo
Ligando en dura amarra el pensamiento!...
Siempre su juez!... y con su inmundo aliento
Anublando su antorcha al cristianismo!...
Siempre con la razón en lucha impía,
La púrpura ciñéndose á deshora,
Irgue su faz la horrenda tiranía;
Y al poder de su saña destructora
Gime la libertad en noche umbría,
Y el mundo siempre entre cadenas llora!

Tornad, si no, los ojos:
Allí do el hombre en iras se levanta
Verdes y amenos campos vuelve rojos:
Allí se alza el tormento
Que los miembros quebranta:
Allí se escucha horrísono lamento:
Allí son las hogueras:
Allí la triste humanidad se agita,
Ya moribunda en convulsiones fieras;
Y allí saciando el déspota su encono,
Roja la faz, las manos purpurinas,
Asienta audaz su abominable trono
En huesos calcinados y rüinas!

Y permítelo Dios?... Y el rayo ardiente,
Que á su querer sujeto centellea,
No confunde su frente,
Y no apaga á la lid su roja tea?

Oh, sí!... la apagará!... Presto el tirano,
Sintiendo ahogarse en sí su ardiente saña,
Término habrá: que el cielo no permite
Que mueva más el brazo á inicua hazaña,
Ni que al mortal contra el mortal excite.
Ya su fallo sonó!... Ya al firmamento
De libertad el grito se levanta,
Y cunde por doquier y asorda el viento!...
Dulces ecos de amor y gozo traen
Los céfiros y el mar!... Rotos doquiera
Los ominosos eslabones caen
En que gimió la humanidad entera!...
Doquier el pueblo con valor que espanta
Sus sagrados derechos reconquista:
Los déspotas doquier tiende á su planta,
Como la hoz del segador la arista!...
Síl... Doquier la victoria
Sonríe á la razón: que Dios no puede
Negar jamás á la razón la gloria,
Y el imperio del mundo le concede!
Qué!... ¿Lo dudáis?... Pues bien: llegará el día
En que atada la negra tiranía
Por siempre en polvo yacerá: las manos
No forjarán entonces duros hierros
Para luchas de hermanos contra hermanos;
Lazo de amor fraterno
Unirá las naciones
Que enantes se juraban odio eterno;
Y arrojando los bélicos pendones,
Y el rencor á la par teniendo en mengua,
De un polo al otro polo
No habrá más que una lengua,
Y no más que una ley, y un pueblo solo!

Mas en tanto que llega
La suspirada hora
Que el noble corazón de gozo anega,
Tú, que tras siete siglos, patria mía,
De oprobio y mengua y lucha encarnizada,
Al fin lanzaste la morisma impía
De la Libia á la arena abrasadora,
Enclavando en las torres de Granada
La enseña redentora:
Tú, que al tender los brazos
Engarzaste á tu cetro nuevo mundo
De Dios en nombre con estrechos lazos:
Tú, que la voz divina
Del Evangelio en él sonar hiciste,
Que sólo al bien y á la piedad inclina,
Y leyes sapientísimas le diste:
Tú la heróica sin par: tú la matrona
Que conquistastes inmortal renombre,
Con la Cruz laureando tu corona,
¿Consentirás que allí bajo tu egida
El hombre oprima al hombre,
Árbitro siendo de su suerte y vida?
¿Tolerarás que el tráfico enriquezca
Á esa inmunda canalla
De viles mercaderes,
Que encuentra en la codicia sus placeres,
Y sólo en la codicia su Dios halla,
Y que en público ofrezca
De su inhumano proceder ejemplo,
Vendiendo á precio vil con alma impura,
Allí de Cristo junto al sacro templo,
Al pobre negro del Creador hechura?
¿Podrás oír el lúgubre gemido,

El ¡ay! desgarrador que delirante
La madre arroja, á quien el ser querido
Arrancan de su seno:
Y el llanto ver que nubla su semblante,
Y el temblor de su labio, y de sus ojos,
Donde la saña y el dolor se pinta,
La expresión elocuente, revelada
De luz y sombras por siniestra tinta....
Oh!... mirarla podrás sin que inflamada,
Y en alta idea el pensamiento fijo,
Tu indignación no estalle,
Y el pregonar sacrílego no acalle,
Tornando á la cuitada el tierno hijo?

¿Y sustentan las ondas tus bajeles
Que heróicos en Lepanto
Se cubrieron de espléndidos laureles,
En la armada agarena
Sembrando luto y destrucción y espanto,
Y no das caza y cuelgas de una entena
Al bárbaro negrero,
Que al sarpar de las costas del Atlante
Suelta las blancas lonas altanero,
Y conduce su quilla,
Sordo al hondo gemir, de oro anhelante,
En rumbo audaz á la cubana orilla?

Y cuando ruge el huracán sañoso
Y el ancho mar enturbia y alborota,
Que erizándose en montes hervoroso
Con rudos golpes su velera azota,
Si hender las olas férvidas le embarga
Del triste esclavo la gravosa carga,
¿Le verás impasible
Á las leyes hacer procaz insulto,

Y hombre tras hombre, como bulto y bulto,
Lanzar al agua con crueldad horrible?

Oh!... nó!... nunca!... jamás! Los nobles pechos
Al abatido en la orfandad amparan!...
Noble eres tú!... que afirmanlo tus hechos,
Y á enarrarlos cien lenguas no bastaran!
Hoy anegado en llanto
El negro miserable
Te pide auxilio en su profunda pena,
Y tú debes sobre él tender el manto
Y quebrantar su bárbara cadena.

Abierto está el camino
Que te traza el deber: en él con gloria
Romper yugo opresor es tu destino.
¿Qué te detiene, pues?... ¿Podrás acaso,
Por deslumbrar allí con montes de oro,
Á la santa piedad cerrar el paso,
Desatender del oprimido el lloro?
¿No es antes que ese suelo y su riqueza
Que al ocio y goce sensual provoca,
Y antes que el torpe codiciar impío
De esa turba ruín de alma de roca,
No es antes, dulce patria, y no te asombre,
De nobles sentimientos la grandeza
Y la ventura y libertad del hombre?

Cierra los ojos, pues, alienta y anda:
Rompe ese yugo que al mortal aflige:
Tu propio honor, la humanidad lo exige:
La fe lo quiere así.... ¡Dios te lo manda!

Á DIOS

Dónde estás?... Dónde estás? ¿Por qué á mi vista,
Sempiterno monarca, no te ofreces?
Dó se eleva tu trono rutilante?...
Dó el palacio en que en gloria resplandeces?
Ven, osténtate al mundo,
Vencedor de los Genios del profundo,
Padre que amor nos brindas y ventura,
Con la celeste pompa deslumbrante
De tu infinita alteza:
Que anhelo en tu semblante
La belleza admirar de la belleza!

Mas ay! en vano, en vano,
En la impotencia que me fué legada,
Por fijar en tu rostro la mirada
Agítome y afano:
Que espíritu invisible,
Á cuanto alienta esclavo de la muerte
Te ocultas en misterio incomprensible;
Y aunque no logran mis sentidos verte,
Yo te adoro, Señor de tierra y cielo,
Y te invoco en mi duelo

Alzando á Tí mi ruego y mi suspiro,
Y hallo al nombrarte en mis angustias calma..
Sí!.. que tu eterna majestad admiro
Con los ojos del alma!

Cuando envuelve la noche silenciosa
El mundo en sombra densa,
Y estrellas á millares y sin cuento
Del éter bordan la región inmensa;
Cuando esmalta el zafir del firmamento
La luna misteriosa,
Fúlgida antorcha de bruñida plata,
Y del mar en la linfa sonora
Rielando se retrata;
Cuando la sien ceñida de beleño
Cierra el mortal los párpados, y en blanda
Pluma se entrega á reposado sueño,
El alma, cual del barro desprendida,
En atrevido vuelo se remonta
Á las regiones de la eterna vida,
Portentosa mansión do el ángel mora,
Y en diamantino trono
Te contempla extasiada,
Y en Tí, su Dios, al Hacedor adora
Que vivifica á su querer la nada.

Al horrendo tronar de la tormenta,
En carroza triunfal, de tu palacio
Donde tu solio asienta,
Te lanzas al espacio.

Los corceles flamígeros hostigas,
Que al eco de tu voz veloces hienden
El vasto mar de la región vacía,
Y los vapores húmedos encienden
Al espirar su abrasador aliento

Por los anchos ollares,
Sin frenos que tascar, libres al viento.
El rayo te precede en tu carrera,
Y los truenos te aclaman,
Y rudos aquilones te pregonan,
Que instantáneos se inflaman
Al brillo del relámpago en la esfera,
Destello de los soles que coronan,
Oh Dios! tu excelsa frente,
Cuando, vestido de radiante lumbre,
Rápido cruzas la celeste cumbre,
Monarca Omnipotente.
Al fugaz esplendor, que me ilumina
La oscurecida bóveda, contemplo
Con el alma, Señor, tu faz divina,
Y ardiente el corazón te brinda un templo.

Giras en velocísima carrera;
Tu inefable mirada
Liquida el duro hielo
En la etérea región, y despeñada
Baja la lluvia á mares sobre el suelo;
Y al sublimarte al cielo,
Que la ahuyentada nube desemboza,
Un arco traza en azulado velo
Tu espléndida carroza.

El Iris ¡oh Dios mío!
Fúlgida franja en que vertió tu mano
Mil cambiantes de luz, cuyos colores
Envidian monte y llano,
Por el soplo de Abril llenos de flores;
Y en él la noble esencia
De mi mezquino ser, oh Dios, te mira,
Y el gran poder de tu poder admira!

¡Doquier te encuentro, sí! ¿Dónde hay lugares
Do no estés, oh mi Dios? ¿Quién pone freno
Á los inmensos mares
Cuando agitan sus olas
Al cielo amenazando,
Y de espuma las nubes salpicando?
Vílos, Señor, en tempestad bravía
Rugir furiosos cual león hambriento,
Montaña levantar sobre montaña
Con ronco hervir, en su tremenda saña
Para escalar el alto firmamento;
Y luego en dulce calma apetecida,
Cubiertos de alba espuma,
Sábana inmensa en pliegues extendida,
Esos mares miré, blandos bullendo,
Con rizados cristales,
Risueñas costas recorrer lamiendo
Orillas de infecundos arenales!

¿Quién resolvió esas linfas
Ancho sepulcro del sonoro río?
¿Qué brazo las enfrena
Á su libre albedrío?
¿Quién las da ese poder? ¿Quién esa calma?
Sábelo el corazón!... lo mira el alma!
Tú, sólo Tú, mi Dios! Tu excelsa mano
Sobre él tendiste, y límpida laguna
Fué el férvido Oceano!

Á sus ondas tronantes
Diste muro eternal de leve arena;
Y alegre el hombre, que temblaba enantes
Tanta furia al mirar, por tí alentado
Su saña despreció; y en frágil pino
Rompiendo su cristal se abrió camino,

Y dueño de él sonríe proclamado.

Todo te acata!... El aire, el mundo, el cielo...

Cuanto existe y alienta

En pompa augusta tu poder ostenta!

Todo obra tuya! Tus divinos ojos

Dieron un sol al trasparente espacio!

Á la sonrisa de tu labio, ornada

De rosas y jazmines,

Brilló la aurora entre celajes rojos;

Y alfombra de tu espléndido palacio

Esa celeste bóveda que huellas,

Sólo á tu voluntad, lució sembrada

De nítidas estrellas,

Que en la noche fulguran esparcidas,

Cual chispas de brillante,

Del Céfiro al halago desprendidas

De tu manto de púrpura flotante.

Tu soplo fué la vida!... la existencia

Dádiva de tu amor! Tú de ventura

La inundaste, y de gozo y de placeres,

Y en la exquisita esencia

De aromáticas flores impregnada,

Á tu voz agitóse la natura,

Bajo un cielo bañado en lumbre pura,

Cual deidad en jardines encantada!

Gloria al Señor! al Padre Omnipotente

Gloria sin fin! Los cielos y la tierra,

Que en el volcán ardiente

De su gracia inflamados

De dicha y gozo y de placer palpitan,

Á los aires en sonos acordados

¡Gloria á Dios! gloria! sin cesar repitan.

Gloria sólo al Creador!... al Prepotente

De soberbios monarcas Soberano!...
Al que es de amor inagotable fuente....
Al que nos tiende la piadosa mano!...
Al que tiene á su planta
Por escabel al luminar del día,
Del ancho mundo espléndida corona!...
Al que inunda sus obras de alegría;
Nó al numen vengador, al que perdona!
Espíritu invisible de clemencia,
Tú eres sólo mi Dios!... Héme de hinojos,
Alzar á Tí del alma,
En las penas que abátenme, los ojos!
Torna á mi corazón la dulce calma,
Ahogando en él la duda,
Que es de la vida en la borrasca ruda
Á mi débil bajel dañosa sirte,
Dándome al implorarte
Tu amor para adorarte....
Gran voz para aclamarte y bendecirte!

AL GUADALQUIVIR

EN LA MUERTE DE MI INOLVIDABLE MADRE

.^a MARÍA DE LA SALUD ARRIBAS ROMERO Y REINA

Nada réstame ya!... Mas nó!... que aún tengo
Lágrimas que verter! Aquí á mis solas
Libre rienda á dar vengo
Al dolor que atorméntame sin calma,
Y que fervientes cuanto amargas olas
Hace al rostro saltar del mar del alma.

Deja, pues, que á esas linfas transparentes
Que han rico lecho en tí de arenas de oro,
Y agítanse bullentes,
Mintiendo en su bullir himno sonoro,
Las fuentes una de mi triste llanto,
Para que vayan á la mar sombría
Con ellas, y á la par con su armonía
El ¡ay! desgarrador de mi quebranto;
Como en consorcio perenal unidos
Van en la tierra el gozo y los dolores;
El gritar jubiloso y los gemidos;
Las punzantes espinas y las flores;
Y cual vuela hasta hundirse en polvo inerte



La risueña y hermosa y dulce vida
Enlazada á la muerte.

Qué!... ¿No me escuchas?... ¿Mi angustioso acento
Y mi rogar esquivas?... ¿No te apiada,
Guadalquivir, el mísero lamento
Que entrega al vago viento
En su orfandad el alma atribulada?

Pára tu curso, pues!... Leve un instante
Óyeme por piedad! Ah!... si supieras
Que he perdido un amor tierno, constante,
Amor que no he de hallarlo ya en el mundo,
Tu rápida corrida suspendieras,
Y mi pesar profundo,
Caro Guadalquivir, compadecieras.

Compadéceme, sí!... Yo no sabía
De ese amor lo sublime:
Yo su inmenso valor no conocía!
Si apreciarlo pudiese al poseerlo
El hombre, cual hoy yo, le mataría
El temor de perderlo.

Un día, ¡día horrible al pecho mío!
Huí tu fresca y plácida ribera:
Me hurté al hogar materno: seco hastío
Devorábame entonces. Lucha fiera
Doquier rugía ensangrentando á España,
Y hermano contra hermano
Armó la diestra mano
De mortal enemigo con la saña.

Pues bien!... Ni en esa lid, sin par horrenda,
Ni entre el bullicio y popular contento
Que el término anunció de sus horrores,
Ni en cuanto brinda amor y á gozar mueve,
Dejó el hastío por momento leve

De atormentarme el alma en sus rigores.

Desperanzado al fin torné á tu lado:
Era joven aún, y sombreaba
Lucha interna mis sienes, y mostraba
Blanca la barba y el cabello cano,
Como ostentan altísimas montañas
Del rubio sol á la radiosa lumbre
Níveo manto en su cumbre,
Cuando hierve un volcán en sus entrañas.

Una mujer, modelo de ternura,
Los brazos me tendió. Si mujer era,
Era al par santa y, cual las santas, pura;
Y yo no mereciera
Besar ni el polvo en que posó la planta
¡Ay! aquella mujer tan tierna y santa.

Nó frases, nó, de enojos
Ni de sentida queja, al verme, tuvo
Su labio para mí. Tocó mi frente:
Miráronse sus ojos en mis ojos,
Y en ellos ¡ay! leyó. Lágrima ardiente,
De los suyos brotando,
Cayó en mi corazón; y restaurando
En él la antigua y plácida esperanza,
Trocarme el mal presente
En gratos sueños de ventura alcanza.

¿Qué mucho lo alcanzase?... ¿No era ella
La dulce madre que arrullóme un día
Como al más tierno amor de sus amores,
Cuando en mullida cuna me mecía,
Cubriéndola de flores?

¡Oh, sí, Guadalquivir!... Ella hizo el sueño
De mi niñez tranquilo y reposado,
Velándolo incansable, como vela

Por el triste mortal ángel alado,
Que del lazo del mal salvarle anhela.
Fué la que dióme á respirar su aliento,
Bebiendo al par el mío:
La que brindó en su pecho á mi sediento
Labio néctar de vida; y vió colmado
Con mi amor en la tierra su vacío!...
La que mi ciega juventud guiaba:
La que en perpetuo afán por mí vivía:
La que en mis males, como yo, penaba:
La que á mi lado al despertar veía:
La que lloraba cuando yo lloraba:
La que reía cuando yo reía!

Ella sólo en el mundo
Pudo prestarme salvador consuelo
En ese mal profundo
En que hunde al alma del hastío el hielo;
Y á ella, Guadalquivir, y sólo á ella
Que toda era bondad, toda ternura,
Mi pecho vió cual salvadora estrella
Del porvenir entre la sombra oscura.

Mas ¡ay! pálida y triste ya oscilaba
Esa estrella querida,
Que dióme vida de su propia vida;
Y yo la contemplaba
Agitado de interna pesadumbre,
Y profunda zozobra me anunciaba
Que iba á faltarme su bendita lumbre.

No me engañó ¡ay de mí! Latiente en vano
De amor filial y de amargura lleno,
El trance de su fin viendo cercano,
Á más cuidado ajeno,
Ansiaba reaminar la mustia llama

Con el calor de mi ardoroso seno:
Que trémula, espirante, casi extinta
Al aire ya flotaba,
Bañando apenas con siniestra tinta
La sombra que triunfante la cercaba!...
En balde, en balde en mi ferviente anhelo
De hinojos prosternado,
En lágrimas bañado
Y besando con labio humilde el suelo,
Nuevo aliento pedía
Para esa luz en mi oración sin calma!...
Se ahogó mi acento en la región vacía,
Y la luz se apagó!... Luz de mi alma!!

Deja, Guadalquivir, que gima y llore
Sin tregua en mi dolor!... ¿Puedes tú acaso,
Aunque con tristes ayes te lo implore,
Abrir las puertas del cerrado Oriente
Á esa luz bella que espiró en Ocaso,
Haciendo que renazca leda y pura,
Como el sol esplendente
Que hallando en mar remoto sepultura
Húndese en ella, y torna á alzar la frente,
Saliendo en pompa á dominar la altura?

¿Tal vez te es dado el encender el fuego
Que extinguiérase en ella con su vida?...
Haz que vuelva á brillar mi luz querida
Y te tendré por Dios!... Inútil ruego!...
Que tú también á mísero destino
Trabado estás; y acabas tu camino
En ese mar en su furor tan ciego!

Ni súplica, ni ofertas, ni quebranto,
Ni queja de dolor, que se resuelve
En raudales de llanto,

Son ya de algun valor!... La tumba avara
Jamás piadosa á nuestra angustia vuelve
La presa que aferrara.

Héme, Guadalquivir!... solo!—Cerrado
Ya por la muerte impía
El santo albergue, que me viera un día
De mi madre amorosa al dulce lado,
¿Adónde en la congoja que me abruma
De hoy más el paso llevaré?... ¿Qué puerta
En ésta que me cerca densa bruma
Hallar podré por la clemencia abierta,
Y pronta á recibirme y darme abrigo?...
¿Adónde en mi aislamiento á demandarlo
Ansioso volaré?... Tú, que testigo
Eres de mi dolor, díme, ¿no queda
Quien ofrezca en el suelo
Á mi abatido corazón consuelo?...
¿No tengo ya quien ampararme pueda?—

Á la gracia infinita
De Dios acudiré!... Tal vez el alma,
De hoy entregada á la oración bendita,
En tal tribulación hallará calma;
Como la hallan los mares
Tras desatada tempestad sañuda,
Y el nauta que zarpando á otros lugares,
Tras fatiga y sudor, y afán y azares,
Logra de ellos tornar, y al fin saluda
La ansiada arena de los patrios lares.
Ah!... Qué!... ¿Lo dudas? ¿La plegaria humana
Que nace del dolor que el alma hiere,
É implora divinal clemencia, es vana,
Y del labio al salir sin eco muere;
Cual la que finge el humo blanca nube

Que en flotante espiral al firmamento
Álzase en vuelo vagaroso, y sube,
Y deshácela el viento?

Habla!... Responde, pues! ¿No vale al hombre
Para hurtarse al rigor de la amargura
Con fe ardiente invocar de Dios el nombre?...
¿Es sordo Dios para quien fué su hechura?

Callas, Guadalquivir! Ah!... Con tu mudo
Silencio aterrador quizás intentas,
Quizás pretendes rudo
Agolpar sobre mí negras tormentas!...
Con él acaso insultas
Mi impotente dolor!... Tal vez piadoso
Un pensamiento horrible en él me ocultas
Por no acrecer mi luto congojoso.

Rómpelo, pues! ¿Qué importa? Acaba!... Acaba!
¿No vez mi agitación?... No vez que extremo
Mi afán por sondearlo?
Quiérola, sí!... Codicio adivinarlo;
Mas ¡ay de mí! que adivinarlo temo.
Témolo!... Pues con él tal vez me dices:
«Es farsa la virtud, verdad la muerte!...
Un sepulcro es la historia
De la estirpe de Adán, y polvo inerte
Sus soñadas imágenes de gloria!...
Otra vida no existe
Tras esta vida miserable y triste!»

¿Que no hay un más allá?... ¿Daré la risa,
Esa risa glacial, que del impío
En el rostro impudente se divisa,
Incrédulo cual él, al labio mío?

Oh! nó, Guadalquivir!... Jamás!... No en vano
La tierna madre, cuyo fin deploro,

Encendió en mí su fe! Nací cristiano,
Y elevo el alma á Dios, y ruego y lloro!...
Y no con torpe duda
Haré agravio á la sombra
De la que dióme el ser!... Ella me escuda!...
Ella es, cual tú, de mi dolor testigo,
Y mis lágrimas ve!... ¿No oyes? me nombra!...
Héla, Guadalquivir.... está conmigo!!

«Mi muerte vida fué! su voz me dice:
Sobre el zafir do lo inmortal impera
Aliento en gloria eterna y soy felice!
No más llanto por mí! Ruega y espera;
Y en no lejano día
Á verme tornarás, cual yo te veo,
Y tal será de tu alma la alegría
Que extinto en ella quedará el deseo.»—
¿Le oíste? Así me habló.—Corre, pues, corre
Al proceloso mar!... Vuela!... ¿Qué importa
Que de mi faz el llanto no se borre?
Mientras tu vuelo tu existencia acorta
Y húndete al fin en ancha sepultura,
Que tal es tu destino,
Gimiendo yo y luchando con mi duelo
Seguiré paso á paso mi camino
Al puerto do el eterno bien anida:
Que el hombre es inmortal!... Le aguarda un cielo
Tras las negras borrascas de la vida!

Á LA INMACULADA CONCEPCIÓN

SONETO

Mística rosa de inmortal frescura;
Cándido lirio, que la nieve afrentas;
Fúlgida estrella matinal que ahuyentas
Las densas sombras de la noche oscura.

De vida y de salud fontana pura;
Iris de paz al mundo en las tormentas;
Madre de Cristo, que á la vez te ostentas
Virgen sin mancha, de sin par ternura.

Almo consuelo; escudo peregrino
Del mísero mortal; espejo claro
En que se mira Dios único y trino:

Pasmo del cielo: de esperanza faro....
¿Cómo no amarte, si en tu amor divino
Halla la grey de Adán eterno amparo?

AL MAR

(DESDE LA MURALLA DE CÁDIZ)

DEDICADA Á MI AMIGO DE LA NIÑEZ

DON JUAN JOSÉ BUENO

¿Y te agitas y ensañas,
Y el seno temblador, hirviendo, erizas
En túmidas montañas,
Y ya en inmensos valles te deslizas,
Ya alzadas rocas y soberbios muros,
Tus ciegas iras redoblando, azotas,
Ansiando á golpes duros
Mirar las vallas de tu cárcel rotas?...
¿Ó segundo Luzbel, tenaz bramando
Por coronar irrealizable anhelo,
Las nubes traspasando,
Tu ardor extremas á escalar el cielo,
Al par amenazando
En tus entrañas sepultar el suelo?

Mas hora en dulce calma, el blando arrullo
Mintiendo de la cándida paloma
De tus linfas el lánguido murmullo,
Del sol al rayo que triunfante asoma

Colorando de púrpura el Oriente,
Á mis ojos, que extáticos te admiran,
¡Oh mar! dilatas tu llanura inmensa;
Y el sol y el cielo en tu cristal se miran,
Y al gozo se abre el alma en tí suspensa.

¡Será que fatigado
De esfuerzos tantos y de lucha tanta
Te inclinas desmayado,
Treguas poniendo á tu furor que espanta,
Para tornar después con nuevo aliento
Á encresparte feroz, y á alzar tus olas
En rauda sucesión al firmamento,
Volcándolas en playas españolas?

No empero más sublime
La faz irguiendo en majestad te ostentas
Á los ojos del alma
Cuando su ardor el huracán te imprime,
Que cuando duermes en profunda calma.
Nó!... que si en largas horas
Duelo y mudo terror al pecho infundes,
Ancho manto al tender sobre las proras
Que en tus abismos insondables hundes,
En tí siempre dulcísima esperanza
Le alienta y dora con su lumbre pura
El suspirado puerto en lontananza;
Y bríndale constante sus favores,
Ya si apacible tu caudal murmura,
Ya si ruge atronante en tus furores;
Y en tí siempre la mente
Halla de Dios la sacrosanta mano,
Poderosa sin fin, sin fin clemente,

Ora en montañas hórridas te erices,
Ora llanura de cristal luciente
Al halago del céfiro te rices.

Deja, pues, deja ¡oh mar! que en mi entusiasmo,
Por tu brillante magia seducidos,
Se fijen en tus ondas mis sentidos
Del gozo con el pasmo!...
Deja que el pensamiento
Encuentre en tí la inspiradora fuente
Qué á Herrera dió tan elevado acento,
Tan rubusto á Quintana y tan ardientel...
Deja que en ella se enardezca el alma;
Y al aire sonará mi voz, cual suena
Tu ronca voz cuando el espacio llena,
Y dulce al par cual tu murmullo en calma!

Héme á tu lado, pues!... Desde este muro
Mansión de pechos á la patria fieles,
De tu furor seguro,
Cual mecidos en lechos de esmeralda,
Bosque espeso de pinos, mil bajeles
Miro flotar en tu anchurosa espalda;
Y al par leves esquifes, blando lino
Tendiendo de las auras al halago,
Surcar allá tu campo cristalino,
Como si fuese trasparente lago;
Y el corazón de júbilo palpita,
Y en el cuadro que ofreces se recrea,
Y la mente se agita,
Y en tanto el sol su curso precipita
Y rielando en tus linfas centellea.

¡Cuán grande eres, oh mar!... ¡Y aun osa el hombre,
Su flaqueza olvidando miserable,
Sin que tu augusta inmensidad le asombre,
En tus aguas lanzarse en débil leño,
Y en tu seno prendiendo duro cable
En tí tranquilo abandonarse al sueño?...
¿No alcanza á ver en su soberbia suma,
Ni en la ambición que le enardece impía,
Tras tu manto de leve y blanca espuma,
El negro abismo que á sus piés se ostenta
En cada instante que le marca el día,
Á cada instante que la noche cuenta?...
¿No le aterra el bramido
Que en tu espantoso vértigo al espacio
Lanzas, en sierras hórridas erguido,
Buscando en las tormentas un palacio?...
¿Y cómo puede en tu vaivén violento,
Ya esas gigantes cumbres escalando,
Ya con ellas rodando á tu hondo asiento,
Trazar y abrir á sus cortantes quillas,
En lucha desigual con tu ardimiento,
Cierta camino á incógnitas orillas?

Ah!... ¡Como rey de la creación, su mente
Todo lo abraza!... y al clavar los ojos
En tu extendida sábana luciente,
Y en las férvidas moles que levantas,
Hijas de tus enojos,
«Yo en tus hondas ¡oh mar! hallaré sendas
Y besarás mis plantas,»
Audaz prorumpe; y al lanzarte el reto,
Con desprecio á tu furia y saña horrendas,
Clava en el cielo la inspirada vista,

Y arrancando á los astros el secreto
Al cabo el triunfo que anheló conquista!

Desde entonces te oprime
De escuadras con la inmensa pesadumbre
Que te roban del sol la viva lumbre,
Y tu caudal bajo sus cascos gime.
Desde entonces te emplea
Constante á su placer; y desde entonces
Tu anchísima llanura señorea,
Y con la voz te atruena de sus bronces.
Y «¡hay más allá!» prorumpe con fe ardiente;
Y siempre en alas de su afán profundo
Sigue al sol en su curso al Occidente,
Y realiza los sueños de su mente,
Sorprendiendo en tus linfas nuevo mundo.
Y á la ambición en que su pecho late,
Y á sus iras al par, sirves rendido,
Ya en campo de combate,
Ya en odioso mercado convertido.

Hablen si no tus espumantes olas
Que rómpense en orillas apartadas,
Que en los primeros siglos sustentaron
Las soberbias armadas
De los grandes imperios que pasaron.
Siempre tintos en sangre y siempre en guerra
En tí se disputaron
El cetro de la tierra!...
Díganlo en són tronante
Las que bañan las líbicas arenas,
Besando el pié del empinado Atlante,
Que obedientes un día

De un Conde vil á la traidora saña,
Arrojaron las lonas agarenas,
Como banda de buitres, sobre Española!...
Y díganlo también las que murmuran
Arrullando á la América inocente,
Donde el azote y las cadenas duran
Á eterno oprobio de la edad presente!...
Donde con fiera mano,
Sin que de Dios la maldición le asombre,
El hombre oprime al hombre y vende al hombre,
Que aunque negro nació, nació su hermano!!

Y lo consientes tú!... Tú que si altivo
Te encrespas y revuelves,
Á los halagos de la brisa esquivo,
Cual hambriento león, y á bramar vuelves,
Esas veleras naves,
Cual flechas por el arco despedidas,
Al cielo impeles con tus moles graves,
Envueltas en espuma y confundidas!...
Tú, de cuya ira loca
Véase el poder salvaje en hondas grietas
Que abriste azotador en muro y roca:
Tú, que ni al cielo altísimo respetas:
¿Por qué no das para tu triunfo el paso
En la ancha tierra, y la opresión confundes?...
¿Por qué esas flotas, que del orto á ocaso
Parten á destrozarse, blando halagas?...
¿Por qué negro pavor no las infundes?...
¿Por qué ¡oh mar! en tu furia no las tragas?

Ah! también como al hombre, que es su hechura,
Leyes te dió la omnipotente mano

Ante la cual se humilla la natura.
Ella matiza el llano;
El vuelo traza á la tormenta impura;
Desata el Aquilón y lo refrena;
Y te alzarás y lucharás en vano
Á romper de tus vallas la cadena,
Porque al fin hallarás, torvo oceano,
Límites siempre en tu furor insano,
Y siempre un lecho de menuda arena.

Podrás en tempestad, que anuncia horrores,
Desmantelar bajeles y bajeles,
Que en ansias de saciar ciegos rencores,
Y á la bandera de su patria fieles,
Lánzanse en tí, y al encontrarse embisten,
Y con horrible estruendo
Chocan y crujen, lidian y resisten,
De roja sangre tu cristal tiñendo!...
Podrás contra altas peñas estrellarlos,
Y sorberlos podrás!... mas nunca, nunca
Impedir, al dejar de sustentarlos,
Que otros nuevos te opriman
Con doble pesadumbre,
Ni que tus ondas quebrantadas giman;
Porque la fe que el corazon inflama
Grita elocuente al mundo, y no te asombre,
Que hay una voz que te enmudece si habla;
Y esa ¡oh mar! es la voz que alienta al hombre
Á cruzar tú extensión en débil tabla.

Álzate y brama, pues! Ah!... ¿Qué es en suma
El colérico ardor que al orbe ostentas
Erguido en montes de rabiosa espuma,

Que engendra las tormentas?

Espejo de los siglos,
Que llegan y se empujan y atropellan
Incansables sin cuento, son tus olas
Que álzanse y bullen y á mis piés se estrellan,
Ó allá van á morir en playas solas;
Y tú, retrato vivo,
Férvido mar, del corazón humano,
Siempre rebelde, y al dogal esquivo,
Siempre en sus ansias batallando en vano!
Y más y más horrendas y sañudas,
Que las que turban tu apacible calma,
Son ¡ay! las negras tempestades rudas
Que combaten sin fin del hombre el alma.

Á MEDELLÍN

Y en tus brazos ayer me recibiste,
Ganoso de oír mi voz, y lecho blando
En tus dulces hogares me ofreciste,
Y con vítores mil me despediste,
Que aún están en mi oído resonando,
Y al volver hoy á tí para mostrarte
Mi tierno afecto y gratitud sincera,
Contra el ya débil seno al estrecharte,
Con frialdad no esperada y labio mudo,
Levemente inclinando la cabeza,
Devuélvesme el saludo?

Qué! ¿Relegaste al fin á eterno olvido
Mi cariño leal, y de él en pago
Me veré de tu amor desposeído?...
¿Vanas palabras tus ofertas fueron,
Que en sí envolviendo fementido halago
En el aire murieron?

Rompe el silencio, pues! Ah!... no me niegues
La respuesta anhelada,
Aunque al pesar me entregues,
Dándole en lo hondo de mi pecho entrada!

Tal vez me desconoces! ¿Qué no altera
Y destruye la edad? Tan fiero estrago
Causó en mí su rigor, que el que ayer era
No soy á tu creer! Qué mucho, si hoy
Sombra de lo que fuí sólo ya soy?

Óyeme, pues. Orilla
Del caudaloso Betis, entre flores
Que ofrecen á Sevilla
Balsámicos olores,
Y al par bella guirnalda de colores;
Allí, á la grata sombra
Que proyectan los álamos frondosos
En la menuda yerba que la alfombra;
Á esa orilla encantada,
Donde se alza arrogante,
Como faro brillante,
Ancha torre y excelsa y almenada,
De forma octogonal, apellidada
En los anales béticos, *del Oro*,
Porque encerró en su seno
En ya pasados días el tesoro
Del que el cetro heredó de Alfonso oncenno:
Allí, bajo aquel cielo, que derrama
En la ciudad y el campo la alegría,
Abrí los ojos, y rodó mi cuna;
Dichas allí soñé, niño inocente,
Del sol al rayo y al brillar la luna;
Allí me sonrieron
En sus huertos, jardines y praderas
Los primeros amores, y corrieron
Más tarde allí mis lágrimas primeras;
Allí después vertió sobre mi frente
Numen inspirador de luz divina

Vivo lampo fulgente;
Y la voz desatando,
Alcé allí en sed de gloria el canto mío,
Al sonoro murmurar del río,
Y de las auras al suspiro blando;
Y cual su fin cantando el cisne muere,
Así espirante cerraré los ojos,
Acaso allí; que allí quizás espere
La paz del ataud á mis despojos.

Contempla al vate en mí, que nunca ha herido
Las cuerdas de su lira
Á precio vil vendido!...
Sí!... soy el vate cuya mente inspira
De nuestra España la brillante historia:
El que la voz para enarrar levanta
Altas proezas de inmortal memoria....
Soy el poeta que á los héroes canta,
Y mis cánticos son himnos de gloria!

Yo encomié de Roger el noble aliento,
Y tributé loores
Á la altivez, al bélico ardimiento
É indómita pujanza
De sus bravos varones,
Que en la ciudad que ilustra santa Helena,
Al grito de venganza,
De Génova la fuerte en las legiones
Sembraron el espanto y la matanza!...

Yo encarecí el arrojo
Con que á esgrimir volaron el acero
Contra el alfanje del musuln guerrero,
Del triste heleno con la sangre rojo,
Y ensalcé las hazañas con que hollando
Las ismaelitas huestes arrogantes,

Y cubiertos de lauro,
Alzaron sobre lunas y turbantes
La enseña de las barras en el Tauro.

Parabienes, quizás no merecidos,
Dióme la prensa nacional, la extraña
Los oyó, y repetidos
Obtúvelos de Francia y Lusitania;
Y vi más tarde á recibirme abiertas
Del patrio suelo en villas y ciudades
Las antes para mí cerradas puertas
De doctas sociedades;
Mas si halagar pudieron
Breves instantes la existencia mía
Aplausos que al sentido gratos fueron,
Más palpitóme el alma de alegría
Al brindarme entre palmas y loores
Los que arrulló en la cuna el Guadiana
Esa amistad que templó los dolores,
Y del amor hermana
Une con lazos de risueñas flores.

De noble gratitud y ardiente lleno,
Y por ella ligado á Extremadura,
Y de cuitas en ella libre el seno,
Y de afanes prolijos,
Admiraba, leyendo sus Anales,
Los hechos inmortales
De sus bizarros generosos hijos;
Y á cantarles pedía,
Al plectro de oro que arrojé en desmayo
Altos sonos de enérgica armonía,
Y de su luz esplendorosa un rayo
Para la mente mía
Al genio vividor de la poesía.

No desoyó mi ruego;
Y alentado por él, y enardecido
De patrio amor y de entusiasmo en fuego,
Pulsé el laud que relegué al olvido;
Y fija en mi memoria
La heroica empresa á que lanzóse Hernando,
Y á término feliz llevó con gloria
En suelo ignoto, por la Cruz lidiando,
Himnos alcé al caudillo que animoso
Con sus proezas fatigó la historia....
Á Hernan-Cortés, al héroe sin segundo
Que atando á su bandera la victoria
Engarzó á nuestra España nuevo mundo.

De Badajoz los ecos repitieron
Los que Hernán me inspiró cantos marciales;
Los oyó el Guadiana, y los volvieron
Á las auras sus líquidos cristales;
Y las auras sus alas desplegaron,
Y á tus alegres campos los trajeron,
Y en tus hogares, Medellín, sonaron.

Sonaron, sí!... Y entonces tu mirada
Se clavó en un montón de polvo inmundo;
Que era ya inmundo polvo la morada
Del insigne varón so cuya espada
Cayó á las plantas de Castilla un mundo;
Y escrita en aquel polvo contemplaste
Quizás tu ingratitud con honda pena,
Y al bardo prohiastes
Que al hijo que olvidaste
Gozoso consagró su ardiente vena.

Mira á ese vate en mí!... mira en mí al mismo
Á quien honraste ayer!... al que pregona
Su fama, y ensalzando su heroismo,

Frescas flores enlaza á su coronal

Qué mucho, que cual torna el hijo ausente
Al dulce hogar del padre bondadoso,
Y le abraza de júbilo latiente,
Así vuelva á los tuyos, á mostrarte
Mi afecto cariñoso,
Y en el acto solemne á tomar parte
En que un deber de gratitud llenando
Alzas glorioso monumento á Hernando?

Deja que de él al pie suene mi acento
De Hernán en loa; y deja que palpite
De contento mi alma en tu contento,
Y al par, blando á mis súplicas, permite
Que del honor que me otorgaste ufano,
Al verme hoy entre tus hijos, grite:
¡Hijos de Medellín, soy vuestro hermano!

Llegad á mí!... llegad!... como llegasteis
En la serena tarde de aquel día
En que aquí de mis labios escuchasteis
El canto ardiente de la musa mía!
Llegad, llegad!... y unidos inclinemos,
Descubierta, la frente
Ante ese bronce alzado,
Y en él, cual si alentara, saludemos
Al varón que acatado
Será de gente en gente,
Y por siglos de siglos admirado!

Él cubrió de laureles,
Lidiando con arrojo nunca visto
En Tabasco y Tlascala contra infieles,
El sacro Leño redentor de Cristol...
Él rompió el lazo vil que le tendiera
En Cholula el astuto mejicano,

Y en su sangre ahogó allí su saña fiera,
Sin dar paz al acero ni á la mano!...
Él á los rayos puros
Del sol, que desemboza el firmamento
De los crespones de la noche oscuros,
En noble sed de coronar su intento,
Á Méjico avanzó con sus varones,
Entrada franca diéronle sus muros,
Y allí hirieron por vez primera el viento
De las trompas hispánicas los sonos,
Y el de los golpes de los callos duros
Con que el suelo batían sus bridones!...
Él aherrojó al soberbio Motezuma,
Que vió, nó sin pesar y sin despecho,
Su cetro en polvo, su poder deshecho,
Como en las playas de la mar la espuma;
Y ante él y al paso de su haz temblaron
Los teocales sombríos,
Y en sus aras los ídolos impíos
Que el ciego error y el dolo deificaron!...
Él burló, en fin, con previsora mente
Del vasto imperio idólatra la saña,
Y ejemplo dando de valor injente
Y abnegación extraña,
Osó afrontar sus iras en Otumba,
Y en lid horrenda, ensangrentando el valle,
Abrió en él á su haz gloriosa calle,
Y á las legiones mejicanas tumba!
Allí los torpes ídolos cayeron
Para no alzarse más!... del mejicano
Humo los bríos y la astucia fueron;
Y anunciando del héroe castellano
En aquel hemisferio la victoria,

Sin par radiante, sin segunda en gloria,
Los ecos repitieron
De ciudad en ciudad, de llano en llano,
De montaña en montaña,
«Méjico por la Cruz y por España!»

¿Y habrá aquí entre nosotros hoy quien dando
De Hernán los hechos á menguado olvido,
Y la voz en són ronco al viento dando,
Tribute elogios de entusiasmo henchido
Á esos hombres que ardiendo en sed del mando
Han conturbado á España, y encendiendo
En ella ciegos odios, é infundiendo
Vengativos rencores,
La han colmado de hiel y empobrecido,
Y cubierto de lágrimas y horrores?

Ah! nó! ¿Quién lo osaría?
Los que en bandos políticos batallen
Por dar el triunfo á quien los mueve y guía,
Ante esa estatua, en tan solemne día
Batan palmas ó callen!

Aplauso universal, altos loores,
Vítoreas á Cortés! Las hembras traigan
Palmas y lauros y fragantes flores,
Que cual lluvia de espléndidos colores
Del bronce al pie que nos lo muestra caigan!...

Que así daremos el deber cumplido
De tributar honor á la memoria
De los que astros de luz y ejemplo han sido
En nuestra heroica España y en la historia,
Y al par orgullo fueron,
Y son espejo claro y lustre y gloria
Del pueblo venturoso en que nacieron.

Ah! Si hubieran mis manos

La virtud de animar la estatua fría,
Que en este instante contempláis ufanos,
Á Medellín el hijo volvería
Modelo fiel de abnegación extraña,
Y á nuestra pobre España,
Que hoy abatida llora
El bien pasado y el poder perdido,
El héroe sin segundo esclarecido
Que hízola ayer de Méjico señora!...
Y él con su fe y entendimiento claro
En su seno la paz restauraría
Y le tornara, de su dicha avaro,
El gran poder de que ufanóse un día.

Mas ay! no pierda nunca la esperanza
Nuestra amada nación de que sucedan
Alegres horas de feliz bonanza
Á las que ahogan hoy su venturanza,
Le arrancan ayes y el placer le vedan,
Cual suceden á noches enlutadas,
En que retumban pavorosos truenos,
Risueñas alboradas,
Días claros, serenos:
Ni abrigue en sí jamás negros temores
De que á sembrar desolación y horrores
Tornen audaces á estampar su huella
En su suelo soberbios invasores,
Juzgando que eclipsóse ya su estrella:
Que si ciegos lo osaran, á frontarlos
Y darles guerra á muerte y humillarlos
La sombra de Cortés será con ella.

Y hoy con nosotros es!... y te bendice,
Oh noble Medellín! y venturosos
Días de paz fecunda te predice,

Apartando de tí los borrascosos!...
De tí, que te orgulleces
Aclamando con vítores su nombre
Del bronce al pie que á su memoria ofreces
Sobre el polvo infecundo
En que un tiempo el hogar humilde fuera
Do á ser más tarde admiración del mundo
Abrió los ojos á la luz primera (1).

(1) Hice esta composición para leerla en Medellín en el acto de la inauguración de la estatua de Hernán-Cortés; más por motivos que me reservo no asistí á dicho acto, y no se dió al público conocimiento de ella.

SALUTACIÓN

Á LA PRIMAVERA

Ya el torvo invierno su manto
De horrendas nubes recoge,
Y enmudecen las tormentas
Y los roncos Aquilones.
Ya el ancho mar no se eriza
En negras olas enormes
Cual montañas, azotando
Su cárcel con rudos golpes.
Cesó la estruendosa lluvia
Que en tristes días y noches
Del sombrío firmamento
Á torrentes desatóse,
Y haciendo romper al río
Con ímpetus sus prisiones,
Trocó en lagos las campiñas
Que labró afanoso el hombre.
Ya no se alzan densas brumas
Á las etéreas regiones,
Ni del mortal á los ojos

El celeste campo esconden.
Son más dulces y más bellos
Los matutinos albores,
Y más risueñas auroras
Esmaltan el horizonte.
Orlado de luz más viva
Se ostenta el fanal del orbe,
Y parece que sonríen
Cielo y tierra á sus fulgores.
Son ya serenas las tardes,
Y espiran entre arreboles,
Que matizan el Ocaso
Del iris con los colores;
Y cuando su oscuro velo,
Bordado de oro, descoge
Sobre la anchurosa tierra,
Rica en misterios, la noche,
La luna sus pardas sombras
Con su rayo argénteo rompe,
Y le presta el dulce encanto
De doradas ilusiones.
¿Qué mucho, si precedida
De céfiros voladores,
Que exhalan tiernos suspiros
En arboledas y bosques,
Seguida de la alegría
Del placer y los amores,
Muéstrase la primavera,
Brindando dichas y goces?
Verde alfombra, en que resaltan
Gayas y fragantes flores,
Da á la pradera en reemplazo
De la que Julio abrasóle.

Al árbol que hirió el granizo,
Y al que vientos silbadores
Despojaron de la gala
De que antes orgullecióse,
La antigua pompa les vuelve
Para que en su imperio tornen
Á departir con las auras
En campos, selvas y montes.
Á su influjo todo cobra
Nueva vida y brillo doble,
Y bulle, poblando el aire
De jubilosos rumores.
Las aves á saludarla
En sentidos cantos rompen:
Su voz en himnos sublimes
Desatan los ruisñores:
La tórtola enamorada,
Su nido haciendo en el roble,
Con tierno y lánguido arrullo
Llama al amado consorte:
Murmura la clara fuente;
Sonoros, cual ella, corren
Los arroyos á los ríos,
Los ríos al mar salobre,
Y éste y aquéllos uniendo
Los que exhalan blandos sonos
Á los trinos armoniosos
De los alados cantores,
Y á los suspiros del aura,
Y al susurro de los bosques,
Forman sabroso concento
Que los sentidos absorbe.
Bienvenida, primavera,

Gloria de las estaciones,
Con tus deliciosos días
Y tus encantadas noches!...
Bienvenida á nuestros lares
Tú, que las trenzas descoges
De tu blonda cabellera
Vertiendo ricos olores!...
Bienvenida tú, que inflamas
En amor los corazones....
Tú que doquiera nos brindas
Lecho de esmeralda y flores!
Mas ¿por qué, cuando parece
Que de las altas mansiones,
Do no tienen fin las dichas,
Do son eternos los goces,
Baja á visitar la tierra
El ángel de los amores
Para admirar tu hermosura,
Para bendecir tu nombre....
Por qué, cuando todo en ella
Sonríe por tí, se oyen
Tristes gemidos? ¿Hay seres
Que bajo tu cetro lloren?
Ah!... los hay!... Que si pudiste
Hacer que los campos cobren
La brillante lozanía
Y la pompa y los colores
Que les marchitó el estío,
Y que Diciembre robóles,
Á tu benéfico influjo
No es dado volver al hombre
Las perdidas esperanzas,
Ni las muertas ilusiones,

Ni disipar la amargura
Que el seno le oprime y roe!
¿Qué mucho, pues, que en tus días
Lágrimas sus ojos broten,
Y entre risas, y entre danzas
Y entre jubilosas voces
Resuenen ¡ay! los gemidos
En que estallan sus dolores?

ANTE LA ESTATUA DE CERVANTES

Y ves, genio sublime,
La audacia, el dolo y la ambición triunfantes;
Y ves que en soledad el sabio gime;
Y contemplas hermanos contra hermanos
En la discordia vil que agita á España
Alzar sañudos las armadas manos,
Volando á consumir proterva hazaña;
Y en ignorancia miras
Y en hórrida miseria el pueblo hundido,
Y mudo el león que al desatar sus iras
Hizo á Europa temblar con su rugido;
Y de las letras y las bellas artes
El desamparo ves; y las querellas
Oyes y el triste suspirar que exhalan
Los que se entregan al estudio de ellas,
Y paso á paso escalan
La de pompa eternal excelsa cumbre
Á ser altos ejemplos en la historia,
Y al par luceros de perpetua lumbre
En el sagrado templo de la Gloria....
Y lo oyes!... y lo ves!... y el fuego santo

De patrio amor y fe, que en otros días
Te inflamó el corazón, cuando en Lepanto
Tu sangre en honra de la Cruz vertías,
Hoy no alcanza animar el bronce helado
En que te ostentas, y ante el cual me inclino,
Recordando tus hechos de soldado
Y el poder de tu ingenio peregrino?

Y si dado le fuera
En tí encender el generoso aliento,
Que del destino el ángel extinguiera,
Tú, cuyo claro nombre
Doquier repite el vagaroso viento,
Y de edad en edad aclama el hombre;
Tú, cuyo pecho fuerte,
Contrastando el rigor de la fortuna
En lucha sin igual, se hurtó á la muerte....
Tú, que en el mundo vives,
Y bajo el cielo do rodó tu cuna
Culto de eterna admiración recibes,
Pudieras, sin postrarte amarga pena,
Ver sumida en miseria y luto á España,
Cual triste esclava en bárbara cadena,
Y por consuelo al mal que la envenena
Dar rienda al llanto que su rostro empaña?...

Y si mayor entonces te sintieses,
Á influjo de virtud desconocida,
Y en justa indignación te enardecieses
Al contemplar su majestad perdida,
Y á la unión excitando
Con persuasivo acento y vigoroso
Á un bando y otro bando,
Restaurar no lograste tu palabra
La paz en ella, la discordia ahogando,

Voraz incendio que su ruina labra;
Tu propia indignación, hallando estrecho
Al ardor de sus ímpetus tu pecho,
No estallara furiosa,
Cual negra tempestad en el vacío,
Y fuera poderosa
Á hundir tu sien en el sepulcro frío?

Ah! sí, Genio inmortal! Nunca otorgado
Fué al ibero mirar angustia tanta,
Tormento tan profundo y extremado,
Sin sentir la garganta
Opresa en férreo nudo,
Y pasto el seno de dolor sañudo!

Qué resta ya á Castilla
De su antiguo esplendor? ¿No es la matrona
En cuya frente brilla
De dos mundos la fúlgida corona?

Ay!... pasaron por siempre, sí, pasaron
Los gozados en paz días serenos;
Los de su dicha y gloria al par volaron;
De ellos en pos llegaron
Los de negro crespón y roncós truenos,
De luto henchidos y de horrores llenos!

Ellos ¡ay! marchitaron los laureles
Que los Alfonsos, Cides y Ramiros
Le ciñeron, postrando á los infieles!...
Secaron ¡ay! las palmas conquistadas
Por Jaimes y Fernandos
En cien y cien jornadas;
Y las que en brava lid tenaz y fiera,
De fe y valor fortalecido el seno,
Unió á sus timbres Isabel primera,
Arrojando á la Libia al agareno,

Y clavando en Granada su bandera!
Ellos ¡ay! relegaron á hondo olvido
Las escritas con sangre en su alta historia
Proezas de renombre esclarecido,
Que eclipsando la luz del rey del día
Con la luz de su gloria
En triunfo la elevaron
En Lepanto y Pavía,
Y en San Quintín y en Portugal y en Flandes;
Y ellos las ricas playas le robaron
Que Pizarro y Cortés arrebataron
Á Méjico y los Andes!...
Ellos al polvo dieron
Con bárbara inclemencia
Los lauros que su enseña enaltecieron,
Cuando en lid desigual reconquistaba
Su santa libertad é independencia,
Y altiva al galo hollaba,
Y heroica siempre, y sin igual matrona,
En su escudo grababa
De sus aceros con la punta fiera
Hechos de Mantua, hazañas de Gerona,
De Sansueña y Bailén y Talavera!
Ellos, en fin, impíos encendieron
Infanda guerra en su preciosa Antilla,
Y en luto la envolvieron;
Y ellos aquí en sus campos esparcieron
De sangrientos rencores la semilla!
¿Qué mucho que hoy se agite
Sin esperanza en rudas convulsiones,
Ó que en desmayo lánguido palpita,
Si tras viles traiciones,
Y tanto ciego afán y tanta mengua

Con que enlodan sus hijos sus blasones,
Ve en su suelo morir su propia lengua?

Su lengua, sí... la lengua castellana,
Que remontóse á peregrina altura
So la pluma de Herrera y Mariana,
Y por tí floreciendo bella y pura,
Sus ricas galas al mostrar brillantes,
Se apellidó la lengua de Cervantes.

Mas ¡ay! morirá España? Echada en brazos
De mercaderes viles,
Rotos en ella del honor los lazos,
Con sus pasadas glorias en la mente,
Y con ojos fijos
En el negro baldón de su presente,
Caerá á las iras de bastardos hijos?

Ahl... nó, Cervantes, nó! Mientras existas
Sobre el mármol que en alto te sustenta,
Y la gala revistas
Que honraste batallando en lid sangrienta;
Mientras suene tu nombre,
Causando admiración al pueblo ibero,
Y el poder de tu genio al mundo asombre,
Dame abrigar la plácida esperanza
De ver la aurora del risueño día
En que, poniendo fin á la venganza
Y al odio que sembró discordia impía,
Contemple el castellano, cual contemplo
Con encendido amor, tu estatua muda,
Y ansiando secundar tu heróico ejemplo,
Alce otra vez sus nobles estandartes
Á restaurar su gloria,
Amparando las ciencias y las artes,
Y uniendo nuevos timbres á su historia.

¿QUÉ ES AMOR?

SONETO

Albo lucero de celeste encanto:
Destello de la Suma Omnipotencia:
Torrente inagotable de clemencia:
Mano que enjuga del mortal el llanto:

Fuego sublime, sempiterno y santo,
Que dora nuestra mísera existencia,
Y á cuya luz humíllase la ciencia,
Y arroja al polvo su pomposo manto.

La paz, el bien, la angélica ternura,
Del corazón el anhelar profundo....
El alma de la vida y su ventura!...

Poder excelso, sin rival fecundo,
Que nos liga con lazos de dulzura,
Y es monarca y sostén del ancho mundo!

PLEGARIA

Velado en negras nubes el cielo de mi encanto,
Marchita mi esperanza, deshecha mi ilusión,
Mi faz surcada, y secas las fuentes de mi llanto,
¿Donde hallará consuelo mi pobre corazón?

Aquí do á la alegría traidor el duelo acecha;
Aquí do el bien gozado se trueca al cabo en mal,
Y do el favor sembrado la ingratitud cosecha,
Y guardan desengaños las horas al mortal,

¿Á quién volver los ojos, que blanda y amorosa
La paz devuelva al alma que el duelo anegó en hiel?...
Quién, pues, con tierna mano clemente y generosa
Pondrá fin al tormento que oprímenos crüel?

Tú sólo, Madre nuestra!... Tú sólo, sí, María!...
Tú que eres la divina belleza y la piedad,
Y luz inextinguible que en las tinieblas guía,
Y fuente inagotable de amor y de bondad!...

Tú que eres limpio espejo donde se mira el Padre,
Y en áureo solio asientas alzado en el zafir!...
Tú que al mortal escudas, y apagas, Virgen Madre,
El rayo con que el cielo su frente amaga herir!

Á Tí, pues, Madre nuestra, cual suele el peregrino,
Á quien abate el fuego del Can abrasador,
Al ver brillar al lejos arroyo cristalino
Correr hacia él ansioso de mitigar su ardor;

Ó así cual triste nauta que hendiendo en rumbo incierto,
Del Euro ronco en alas, el alterado mar,
Si al fin avista el faro del codiciado puerto,
Hacia él su nave empuja, luchando por llegar;

Tal, mas con dobles ansias, el alma en su amargura
Á Tí vuelve los ojos, y á Tí vuela en su fe.
¿Qué negará la Madre, que es toda amor, ternura,
Al hijo que á sus plantas postrarse humilde ve?

Mírame ya á las tuyas! Como el Abril florido
La gala torna al prado, que Agosto marchitó,
Así al mísero pecho turbado y dolorido
Devolverás piadosa la calma que perdió.

Oh!... sí, Virgen María! Yo imploro tu clemencia!
Tus ojos divinales un punto fija en mí!...
Perdona si en las luchas que amargan la existencia
Á Tí, cual hoy acudo, enantes no acudí!

Mas ¡ay! precipitadas en vuelo peregrino
Las horas por las horas que de ellos en pos van,
En su veloz huída me anuncian que es vecino
El día en que en la huesa mis males fin habrán.

¿Qué importan, pues, ¡Señora! mi angustia y mi tormento,
Si ya es cercano el término de mi fatal dolor,
Y dobla sus caricias para infundirme aliento,
Y hacer dulces mis penas, la hija de mi amor?

Es ella de mi alma la prenda más querida;
Rayo de sol que baña de grata luz mi hogar,
Y tabla salvadora que de esta amarga vida
Sostiéneme en las olas del proceloso mar!

¿Qué mucho ¡oh Virgen Madre! que al demandar tu amparo,
Llagado ya y enfermo de muerte el corazón,
Más que del propio alivio, del bien de mi hija avaro,
En pro de ella convierta del alma la oración?

Para ella, pues, para ella tu auxilio el alma implora!...
Su ruego no desoigas, que hijo de amor es!
En mí caigan las penas que acéchanla, Señora!...
Tal gracia de Tí espero de hinojos á tus piés.

Haz que su vida arrullen risueñas esperanzas,
Y endúlcenla ilusiones espléndidas de amor....
Que nunca de los sueños de eternas venturanzas
El frío desengaño despiértela traidor.

Y deja que los males en mí ceben su ira:
Que á solas, sin testigo, dé al viento mi gemir:
Si alienta en paz sabrosa feliz mi amada Elvira,
Me oirás mis sufrimientos horribles bendecir.



Á MI ELVIRA

¿Cómo templar al canto
Mi ronca lira,
Si es mar de ardientes lágrimas
El alma mía?
Ayl... mis cantares
Sonaran, cual gemidos
Que apaga el aire!
Y me pides que en versos,
Hija adorada,
Cante risueñas dichas,
Muertas al alma?
¿No ves que ahoga
La voz en mi garganta
Fiera congoja?

Sólo el dolor me inspira!...
Por él guiado,
Allí donde se llora
Llevo mis pasos.
Y allí mis penas
Mitigo, dando al viento
Tristes endechas.

Duelo infunden mis cántigas.
¿Quieres oírlas?
Calla!... en tan loco empeño,
Mi bien, no insistas:
Que si cantara,
Acaso verterías
Copiosas lágrimas!

Y osara el labio mio,
Blando á tu ruego,
Alzar cantos, que llenen
De hiel tu pecho,
Cuando rebosa
De placer, que hace breves,
Dulces, las horas?

Aun no bebiste el cáliz
De los dolores
Que destruyen del alma
Las ilusiones;
Y se desliza
En blanda paz y en sueños
De oro tu vida.

¿Y quieres, amor mío,
Para tu daño
Saber mis sufrimientos
Y desengaños?
Nó!... no los sepas!...
Y duerme en la ignorancia
De tu inocencia.

Turbar hoy tus delirios,
Tus sueños de ángel,
Fuera hundirte en el alma
Fríos puñales;
Y es vil quien roba
A la niñez dormida
Sus blancas rosas.

Deja correr mis lágrimas
En larga vena;
Que mis males alcanzan
Consuelo en ellas.
Ah! Dios me otorgue
Que el caudal de mi llanto
Jamás se agote.

Tú en tanto, Elvira, canta
Y goza y ríe:
Que á tu edad, hija mía,
No hay horas tristes.
Más tarde llegan,
Y son largas, muy largas,
Y al par muy negras.

Á evitar que te aflijan
Tu sueño guardo,
Y en tí siempre los ojos
Sigo tus pasos.
Dios me conceda
Á precio de mi vida
Salvarte de ellas!

I

La roja rompedora por ella el labrador
Por ella trocó activo su escopo el artesano,
Que no cifa la veste de noble labrador
No hay mozo indolente, ni hombre ni venerable anciano

Cortante acero empuña y mirador fijo,
Y el alma de esperanzas ardientes y fe henchida,
Y ardiendo en entusiasmo sacude el ojo vil,
Su techo y dicha y goce el opulento olvida.

Alégrese la calma, si truge el huracán,
Su dulce paz turbóse, cual de los anchos mares un día,
Los puertos, siempre alegres, desiertos hoy están,
¿Qué anhela?... ¿Qué codicia? Desiertos los hogares.

¿Qué voz obedeció?... Le llama el patrio honor,
¿Qué vértigo le agita?... Su espíritu valiente,
Las calles inundando con iracundo ardor,
¿Á dónde va ese pueblo, cual primario torrente?

SITIO Y DEFENSA DE BILBAO

EN 1838

AYER Y HOY

I

SITIO Y DEFENSA DE BILBAO

EN 1836

¿Á dónde va ese pueblo, cual bramador torrente
Las calles inundando con iracundo ardor?...
¿Qué vértigo le agita?... Su espíritu valiente
Á qué voz obedece?... Le llama el patrio honor?

¿Qué anhela?... Qué codicia? Desiertos los hogares,
Los huertos, siempre alegres, desiertos hora están:
Su dulce paz turbóse, cual de los anchos mares
Altérase la calma, si ruge el huracán.

Su techo y dicha y goces el opulento olvida,
Y ardiendo en entusiasmo sacude el ocio vil;
Y el alma de esperanzas heroicas y fe henchida,
Cortante acero empuña y matador fusil.

No hay mozo imberbe, ni hombre ni venerable anciano
Que no ciña la veste de noble lidiador:
Por ella trocó altivo su escoplo el artesano,
La reja rompedora por ella el labrador.

Arana los conduce: como leal valiente,
Y ansioso de renombre, su grado llenará.
¡Qué ufano el vizcaíno tras él alza la frente!...
¡Cuán leda la milicia con tal caudillo está!

En pos van de guerreros que elevan sus pendones,
Y al par el pecho sienten en sed de gloria hervir:
Si son breves en cifra, lidiando son leones,
Y no hallarán quien pueda sus bríos abatir.

Ilustre veterano de grave faz los guía:
Nobleza y valor fulgen con clara luz en él....
Miradle!... No haya miedo que empañe su hidalguía,
Que en mucho tiene su honra don Santos San Miguel.

¡Con qué amor le contemplan los nobles ciudadanos
Que van con sus guerreros los riesgos á partir!...
Unidos á ellos vienen!... ¡Qué mucho?... son hermanos,
Y en lides vencer saben, cual ellos, ó morir.

¿Mas dó la planta llevan?... Á dónde ese oleaje
De intrépidos varones tan estruendoso va?...
¿Qué ansían?... Si desatan su ingénito coraje,
¿Qué valla al recio empuje de su ira se opondrá?

Aquí y allá se agolpan! Las cumbres elevadas
El ronco parche y trompas atruenan con su són.
¿No veis de agudo acero sus crestas erizadas?...
¿No veis rodar en ellas mortífero el cañón?

Oíd!... Sus ecos vuelven confuso vocerío
Que males y ruinas predice y orfandad,
Cual vaticina el trueno, rugiendo en el vacío,
Al nauta los horrores de negra tempestad.

Alzad, alzad los ojos!... Ved cimas y laderas
Brotar inmensas huestes que arbolan su pendón,
Pendón so cuyos pliegues enciende sus hogueras,
De estrago sitibunda, la bárbara opresión.

Contra ellas pueblo y tropa vuelan ardiendo en ira,
Y en ansias de cerrarles el paso á la ciudad;
Y el pueblo que á postrarlas en lucha heroica aspira
Adora reverente su santa libertad.

Diréis que el entusiasmo la mente le enajena
Y al riesgo que le cerca los ojos le cegó:
Mas ¿cuándo, si rugiente saltó en sangrienta arena,
Contó el león la turba que audaz le provocó?

Cerrado está ya el paso; mas ¡ay! valla de acero
La siempre noble villa ciñe y estrecha al par:
En ella se revuelve bizarro, altivo y fiero
El pueblo que se apresta sus lares á salvar.

Tronó la lid al cabo!... sonoro el bronce estalla:
Densísima humareda veló el puro zafir:
Envuelto en negras nubes de fuego y de metralla
Se oyó al león hispano de cólera rugir.

El estridor acrece!... Temblando en su cimiento
Montaña y villa vuelven el tremebundo són:
Cada inflamado globo que cruza raudo el viento
Busca en contrarios pechos entrada al corazón.

Los déspotas sañudos en número mayores
Sueñan tener en breve la villa por cuartel;
Y en tan crüel batalla sus bravos defensores
Tenaces les disputan el bélico laurel.

Y se oyen roncos gritos, y quejas y lamentos,
Y el choque de los hierros, y el bronce retumbar....
Por no ver de los odios los ímpetus violentos,
Hundióse en Occidente del día el luminar.

Tras él la tarde espira. Cerró la noche oscura,
Sobre la herida tierra tendiendo su crespón;
Mas ¡ay! entre las sombras arde la liza dura,
Y brillan las espadas al trueno del cañón.

Abultan las tinieblas la ruina y el espanto:
Como abreviado infierno la noche pasó al fin:
Sonríe el alba, y tiende la aurora el rico manto
Y pinta el horizonte de nácar y carmín.

Y aun brama la pelea!... y crecen los afanes!...
Duplícanse los bríos del sol al despuntar!...
Parece que los montes se truecan en volcanes
Y arrojan sobre el pueblo de hirviente lava un mar!

No hay cesar la fatiga: no hay fin al ansia ardiente,
Ni tregua á sus enojos el bilbaino dió:
Si vióle en sed de gloria lidiar el sol naciente,
Con gloria desde ocaso lidiar le contempló.

Valor tan firme espanta! Las huestes opresoras,
Que rige y enardece feroz Villaréal,
En vano á romper vuelan las haces defensoras
Que opone á sus embates la altiva capital.

Inútil es su ira! De su sangrienta mano
Huyó siempre la palma que ambicionó ceñir:
Cuantas veces se lanza para ganarla al llano,
Tantas del libre el plomo le fuerza roto á huir.

¿Qué mucho, si defienden las débiles almenas
Los Jáureguis y Aranas y Allendesalazar,
Y allí son los Amézagas, Gamindes, Pedrorenas,
Que juran en sus hijos la gloria vincular?

Bilbao, siempre en ellos la mente y ojos fijos,
De tal valor y bríos exalta la virtud;
Y muestra que en un pueblo do nacen tales hijos
No puede alzar su imperio la horrenda esclavitud.

Sin treguas batallando con alta bazarria
El ímpetu enemigo Vizcaya resistió:
Para estrechar el cerco sus haces trajo Eguía,
Y el cetro de las armas rebeldes empuñó.

Allá corta una puente; columnas acá lanza;
Aquende las aprieta, y extiéndelas allí;
Y el fuego hora avivando, duplica la matanza,
Y al par al fiero asalto veloz se apresta aquí.

Sonó la fatal hora! Cual hórrida oleada
Que alzóse y en las rocas, tronando, se estrelló,
Cayó sobre Bilbao la hueste desalmada,
Y en vallas y trincheras, bramando, se rompió.

Revienta y cunde entonces tremendo vocerío;
Al par asorda el viento del bronce el retumbar:
Y fieros y ayes tristes se exhalan al vacío,
Y extrémanse las ansias de herir y de matar.

Las cumbres y llanura se muestran purpurinas:
Al mar lleva sangrientas sus aguas el Nervión:
Semeja el pueblo valle de escombros y ruinas,
Do alzáronse triunfantes la muerte y destrucción.

Y aun no cejan los déspotas!... Y aun no, de aliento falto,
El choque esquivo el libre, que se acreció en tal lid:
Si aquéllos gritan roncos de cólera «¡al asalto!»
Al par éstos exclaman impávidos «¡venid!»

Cual suele estruendorosa rodar de peña en peña
Mole que se desprende de altivo monte al mar,
Ó cual pujante y ronco torrente se despeña,
Y se abre calle al río do tumba ha de encontrar;

Así ferviente masa de inmensa pesadumbre,
Que rayos tremolantes al rey del día hurtó,
En són de cien tormentas, de la soberbia cumbre
Con furia aterradora súbito descendió;

Mas otra vez chocando con pechos generosos
Que en vivo fuego enciende la santa libertad,
Llenó, rota y deshecha, de muertos mil los fosos,
Y huyó despavorida de la inmortal ciudad.

Vedla!... En tropel de infierno ya trepa á la montaña:
Ya su escabrosa cima su planta dominó:
Rehaciéndose ¡ay! en ella, su vengativa saña
Al fin contra los libres en rayos desató.

Al aire silba el plomo; rápido rasga el viento
El inflamado hierro con áspero rugir:
De un estampido á otro tan leve es el momento,
Que no da espacio al eco su són á repetir.

En lucha tan tremenda, crüel y pavorosa
El sol diez y diez veces el orto en luz bañó,
Y la encendida frente, cuanto radiante hermosa,
En los opuestos mares lánguido sepultó.

Y en cifra igual de noches con nitidez divina,
Rasgando de las sombras el tenebroso tul,
Su faz cándida y bella mostró al mundo Lucina,
Brillando cual topacio prendido en campo azul.

Y vuelan ¡ay! las horas; y corren nuevos días;
Y pasan nuevas noches; y siempre en lid tenaz,
Ni cejan las falanges despóticas, impías,
Ni al fuego y bayonetas hurtó el pueblo la faz.

Mas ¡ay!... ¿Por qué Bilbao sañuda brama y gime,
Henchida al par su alma de bárbaro dolor?...
¿Qué noble sentimiento su corazón oprime?...
¿Qué ofensa la enardece con bélico rencor?

La sangre de sus hijos le abisma en hondo duelo,
Y en ansias de venganza se siente arder al par:
Cual madre cariñosa, miradla sin consuelo;
Cual ínclita matrona, miradla batallar.

Gimiendo y peleando deberes altos llena:
Ternura y rudo enojo su seno en sí hermanó:
Si aquí llora la muerte del bravo Pedrorena,
Con brazo y hierro y fuego su muerte allí vengó.

«No tregua!» una voz grita. Con moribundo acento
«¡Venganza!» la voz misma tornó luego á exclamar:
Volvió el pueblo los ojos, y vió espirar sangriento
Sin arrojar sus armas á Allendesalazar (1).

Su bravo y postrer grito hiriendo en lo profundo
Del pecho de su hermano, la sangre le inflamó:

(1) D. Eustaquio Allendesalazar.

Dolor é ira le asaltan: lloroso y furibundo
Do más la lucha acrece cual rayo se lanzó.

Cual tigres carniceros, tropel de inmensa gente
Embiste audaz entonces la invicta capital;
Y fué tan recio el choque, tan rudo y tan potente,
Que tiemblan villa y montes al estridor marcial.

Cejar viendo á los libres de la feroz batalla,
El déspota sañudo suya la prez juzgó;
Mas vomitando el pueblo turbiones de metralla,
Sus huestes incontables, cual huracán, barrió.

Y no sin sangre propia de los ilustres hijos
Que dicha y paz soñaron del río al murmurar,
Y cuyos caros nombres en la memoria fijos,
Aunque mi voz los calle, tienen en mí un altar.

Entre éstos los Gamindes y Amézagas murieron:
Murieron los bizarros Fernández y Soler:
Los Jáureguis y Amezuas cadáveres cayeron,
Legándonos sus hechos, que eternos han de ser.

Allí miróse á Arana luchar con la agonía;
Allí varón heroico cual él vióse espirar,
Segunda verde rama que en guerra tan impía
Cortó la muerte al árbol de Allendesalazar (1).

Vizcaya gime!... Baten sobre su sien las alas
El genio del estrago y el ángel del dolor;
Mas, aunque gime, el pecho jamás hurta á las balas,
Brioso alarde haciendo de indómito valor.

(1) D. Leonardo Allendesalazar.

Henchido de esperanza, la fe nunca perdida,
Su faz alza el caudillo que noble ejemplo da;
Mas ¡ay! postrado al cabo con dolorosa herida,
¿Quién á amparar al libre su ardor emulará?—

De afanes y fatigas dos lunas ya han pasado,
Y al fin su vigor siente Bilbao desfallecer.
Mirad!... Apenas pueden sus hijos y el soldado
En los cansados brazos las armas sostener.

¿Qué hará?... Besar la planta del déspota sombrío,
Y en negra servidumbre verter llanto y gemir?
Nó!... que á inflamar hogueras aun tiene aliento y brío,
Y heroica, cual Numancia, sabrá libre morir!

Silencio!! Ya en las cumbres, soñando en la victoria,
Rugir se oyen las hordas que el orco vomitó.
¿No saben que Bilbao nació para la gloria?
Bilbao será cenizas, mas vil esclava nó!

Solemne es el instante! Las nubes denso velo
Tienden, robando al día pureza y claridad:
La lluvia que derraman son lágrimas que el cielo
Del pueblo generoso tributa á la orfandad.

¿Quién salvará á Bilbao?—Marcial trompetería,
Sonando de improviso, los ecos asordó:
Villaréal se turba: los ojos vuelve Eguía....
De su desmayo lánguido Vizcaya al par volvió.

Y alzóse al ver que asoma la hueste en lontananza
Que mueve y acaudilla guerrero invicto: en él
España tiene un héroe, los pueblos su esperanza;
Que él es de pueblos libres el más recio broquel.

Salvóse al fin la villa!... Bizarras tropas leales
Con rudo empuje embisten el campo del traidor:
Ardió la lid de nuevo, retumban los metales
Y lanzan las espadas siniestro resplandor.

Dejó á la oscura noche su imperio el claro día;
Las haces salvadoras movió el valiente Oráa:
Armero en rauda pino hiende la turbia ría,
Y á dar auxilio al pueblo con mil guerreros va.

Entonces pueblo y ría, y montes y llanura
Despiden fuego y truenan con hórrido fragor;
Al par estallan roncadas tormentas en la altura,
Y brama el mar, y rugen los vientos con furor.

Relámpagos sulfúreos alumbran la campaña;
Fúlgidas chispas brotan las armas al chocar:
Parece que el infierno da riendas á su saña,
Ansiando en cielo y tierra la palma conquistar.

Horrenda noche!... En sombras luchando y reluchando
El campo de los libres contra el réal infiel,
Sin verse se acuchillan, y mueren ¡ay! matando,
Y no hay pechos que cejen en liza tan crüel.

Mas ¿dónde está el soldado?... ¿En dónde está el guerrero,
El campeón que el triunfo siempre á su carro ató?...
¿Dó esgrime la cuchilla?... ¿En dónde está Espartero,
El que á sus altos timbres el de invencible unió?

Vedle!... postrado yace: dolor hondo le aqueja!...
¿Y el libre de su amparo privado se verá?
Oid!... le llama á gritos! El héroe el lecho deja,
Y en alígero potro volando al campo va.

Llegó!... Su voz resuena, y suyo fué Luchana!...
Suyos los altos montes que impávido embistió!...
Su diestra siembra espanto; y en confusión insana
Diezmada y pavorosa la grey servil huyó.

La villa y cumbres rompen en himnos de victoria
Y el aire pueblan sonos de música marcial:
Si en ellos á Espartero se ve ensalzar en gloria,
En ellos á Bilbao se encumbra al inmortal.

Matronas, cese el llanto!... que aplausos y loores,
Y fúlgidos laureles os pide el vencedor;
Y palmas os exigen para su tumba y flores
Los que en la lid sañuda murieron con honor.

Traed lauros y palmas! Y tú vistiendo luto,
Bilbao, á tus barones heróicos ven á honrar.
La patria que á sus héroes no rinde tal tributo,
De madre al dulce nombre jamás puede aspirar.

II

LAS HONRAS

(1870)

¿Por qué, cual suele presa de fúnebre quebranto
Lanzar cándida virgen gemido funeral,
Desata la alta torre del templo de Dios santo
En són lúgubre al viento sus lenguas de metal?

¿Por qué á compás del órgano las preces en él suenan
Que en coro alzan al cielo ministros de la Cruz,
Y ricos pebeteros y cien blandones llenan
Las naves anchurosas de blando aroma y luz?

¿Por qué se ven de luto sus muros revestidos,
Y velan negros paños el suelo y el altar?
¿Por qué, al par que de pena, de fe sublime henchidos
Ante él varones y hembras se postran á rogar?

¿Por qué se alzó en el templo esa urna cineraria
En lecho relevado cubierto de crespón?
¿Por quién dirige al cielo la Iglesia su plegaria?...
Por quién á Dios eleva Bilbao su oración?

Pasaron ya los días, las lunas ya pasaron
Para ella de zozobras y rudo batallar:
Rebeldes haces fieras entonces la cercaron,
Que ahogarla en sangre ansiaban y á España esclavizar.

Las vió cubrir sus montes, desnudos los aceros:
Oyó al eco sus gritos é insultos repetir:
Oyó sus amenazas salvajes y sus fieros,
Y oyó á su heróico pueblo de cólera rugir.

Oyólo!... Y de la patria la enseña levantando,
Apréstase animosa su suelo á defender:
Sus odios contra el déspota del seno rebosando,
No hay riesgos ya que puedan su furia contener.

«¡Muerte ó victoria!» exclama. Sus generosos hijos
«¡Libres ó muertos!» gritan con varonil ardor;
Y sus airados ojos en los rebeldes fijos
Contra ellos empuñaron el hierro matador.

La lid estalló al cabo! Como tormenta al viento,
Con bárbaro estampido rugió el hueco metal:
Temblaron villa y montes al estridor violento,
Y al ver el rudo estrago gozó el Genio del mal.

Como el martillo arranca del yunque són crujiente
Golpes y golpes duros sobre él al sacudir;
Cual áspero rechina batiendo el hierro ardiente,
Y le hace rojas chispas al aire despedir;

Así chocando férreas espadas contra espadas
Crujen y lanzan chispas de vivo resplandor,
Y sangre de las venas por ellas desgarradas
Mancilla de llanuras y montes el verdor.

Fué ruda la embestida, tremendos los furores
Con que estrechó á los libres el bando desleal;
Mas fueron tan terribles las iras y aun mayores
Que desató en la lucha la hueste liberal.

En balde un campo y otro con ansias aspiraron
En dos sangrientas lunas al bélico laurel:
Ni en ellas los rebeldes el pueblo penetraron,
Ni ver el cerco roto logró la villa fiel.

Al cabo coronando risueña la victoria
Al pueblo que la hispana bandera levantó,
Grabó sus altos hechos en mármoles la historia,
Y el título de *invicta* Bilbao recabó.

Hoy al recuerdo triste de aquellas negras horas,
De aquellos largos días de horrendo combatir,
En que al cuchillo y plomo de huestes opresoras
Tantos y tantos hijos Vizcaya vió morir,

Matronas y doncellas y jóvenes y ancianos
Congréganse en el templo y elevan su rogar
Por hijos, por esposos, por padres, por hermanos
Que hundiéronse en la tumba sus lares por salvar.

Por ellos nuestra madre la Iglesia de Dios santa
Cubierta de sombríos tapices hoy se vel...
Por ellos el ungido su voz á Dios levanta
En himnos que nacieron al fuego de la fe!

Honrando hoy como cumple la patria á los varones
Que vió caer sangrientos Bilbao y espirar,
Marcial saludo envíales al són de sus cañones,
De pueblo en pueblo haciendo sus nombres resonar.

¿Y ni una sola lágrima tributa á su memoria
La Villa á quien amaron con puro ardiente amor...
La Villa que por ellos altiva alzóse en gloria
Postrando las falanges del bárbaro opresor?

¿No tiene ni un recuerdo, no tiene ni un gemido,
Ni una modesta fosa, ni un mármol para honrar
Los manes de esos héroes que en otro tiempo han sido
En lides espantables su escudo y valladar?

¿No brotan ya sus huertos ni palmas ni laureles,
Ni nacen bellas flores orilla del Nervión
Con que cubrir la tierra, do sus varones fieles
Cayeron, dando ejemplo de heroica abnegación?

¿En dónde está Bilbao?... la muy noble Señora,
La muy leal é invicta matrona donde está?...
Qué trabas la contienen? Dó oculta el rostro ahora?...
Á nobles sentimientos se heló su pecho ya?

¿Olvida la *invencible* lo que el amor reclama?
Desdeña dar cumplido, cual madre, su deber?
Pueblo!... ¿dó está tu madre? La ingratitude, que infama,
Y el desamor pudieran su planta detener?

¡Bilbao!... Mas qué he dicho? Tú ingrata? Nó! Perdona,
Perdona si insensato dudar osé de tí!
Tú estás aquí á mi lado, magnánima matrona,
Y siento que palpita tu seno junto á mí!

Miradla, vizcaínos!... miradla allí, guerreros!...
Sobre marmóreo túmulo la egregia madre está!
No anublan ya las lágrimas sus ojos hechiceros:
Que secas de su llanto las fuentes están ya!

Miradla!... Allí se muestra constante centinela
Del alto mausoleo que su piedad alzó:
En él el sueño eterno de ilustres hijos vela
Que bárbara y sañuda la lid le arrebató!

Miradla! En sus dolores ahogando los gemidos,
Los ayes que á sus labios se agolpan en tropel,
Sobre el marmóreo lecho de seres tan queridos
Sus dulces manos vierten coronas de laurel!

Vedla! Su amor el túmulo convierte en sacro templo!
No han muerto, nó, los héroes que en él tienen mansión!...
Los que sucumben dando de honor tan alto ejemplo,
Eterna vida gozan y eterna admiración!

Ven, y saluda, oh pueblo, la frente descubierta,
Con vivas á la madre que hazañas premia así;
Á esa matrona invicta, que en tu ánimo despierta
La ardiente sed de gloria que absorto admiro en tí;

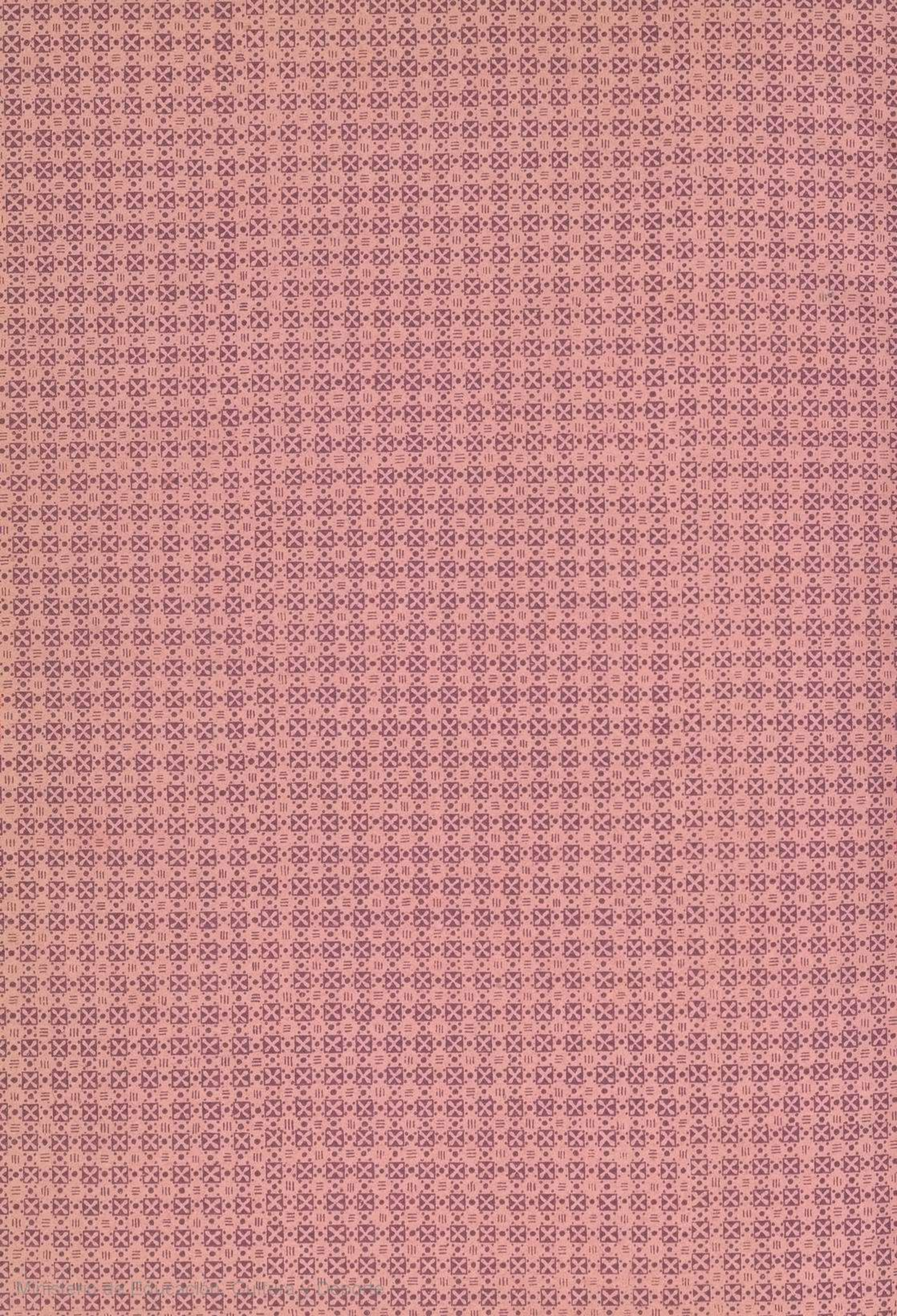
Y al par ante ese túmulo de hinojos hoy cayendo,
Varones vizcaínos, la diestra en él, jurad
Ser fieles á la patria, constantes defendiendo
Su altiva independencia, su santa libertad!

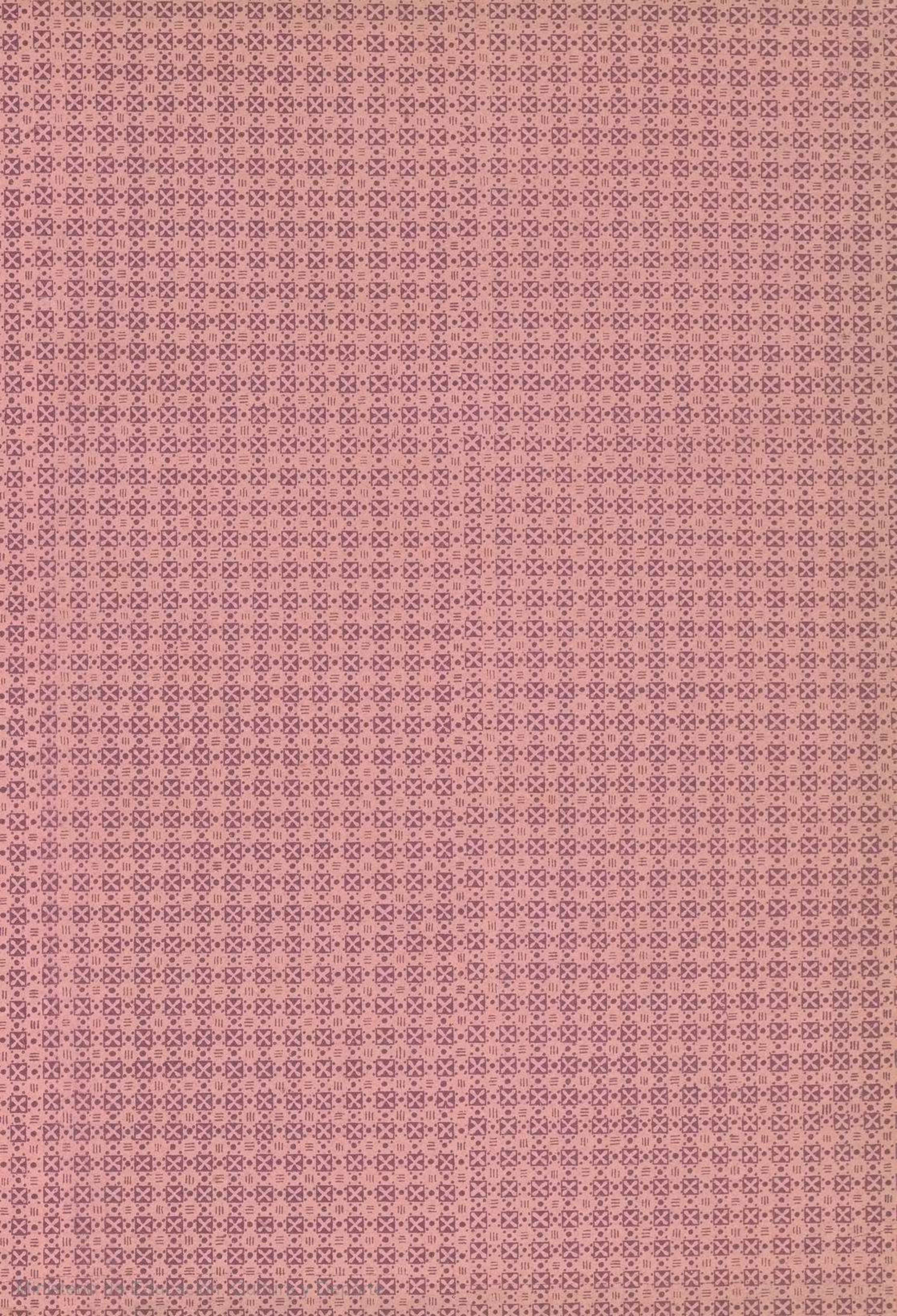


ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN LA CIUDAD DE
SEVILLA, EN LA OFICINA DE E. RASCO,
CALLE DE BUSTOS TAVERA, 1, EL
DÍA 31 DE MARZO DEL AÑO
DE N. S. JESUCRISTO
DE 1891 AÑOS.











JUSTINIANO

POESIAS

SELECTAS

V. DEL R.

D-1

1072